



AÑO III.

Madrid, 16 de Enero de 1878.

NÚM. 4.

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año..... 20 pesetas.
Seis meses..... 11 »
Tres..... 6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año..... 25 francos.
Seis meses..... 14 »
Tres..... 8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año..... 8 pesos fuertes.
Seis meses..... 4.50 »
Tres..... 2.50 »

ADMINISTRACION:

VILLANUEVA, 6, MADRID,

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Desde el campo, por D. Felicio Benicio Navarro. — Al Dr. Thebussem, sobre siliología, por un Ama de llaves. — Fiestas en Sevilla. — La hacienda de San José, por E. de Luston. — Pasarse de listo, novela, por J. Valera. — Bibliografía, por F. B. N. — La caza á caballo, por P. G. A. — Fiestas Reales, por X. — Caza de la alondra, por H. — Noticias generales. — Tiro de pichon de Madrid, por Avelino. — Id. de Sevilla. — Noticias de la sociedad, por K'Sabal. — Carreras de caballos en Madrid. — Id. en Sevilla. — Regatas en Sevilla. — Noticias de jardinería. — Mercado de Madrid. — Cuadro de palabras. — Anuncios.

DESDE EL CAMPO.

No escribimos de memoria, como suele decirse y hacerse, al entonar un prosaico ditirambo más, en loor de las delicias campestres. Ante nuestra vista y á nuestros piés se extiende, en dilatada extension, vasta llanura que, arrancando del pié de una de las estribaciones del Guadarrama, contiene frondoso parque, restos de bosques que fueron espesísimos, verdes praderas, productivas huertas, pintorescas colinas y hasta plácidas lagunas. El sol que descendiendo á ocultarse tras los vecinos cerros, á nuestra espalda, tiñe de dorada púrpura los variados matices que da el otoño al follaje; todos los tonos de la indestructible armonía de la naturaleza se animan y vigorizan y las hojas brillan reflejando chispas de luz de todos colores. En el cambio de decoracion que empieza con las primeras caricias del cierzo; los árboles frutales son los primeros en ceder á su rigor, sus hojas toman un suave color rojizo, y desde lejos parecen gigantescas flores sobre el verde follaje de árboles más resistentes.

Pero poco á poco les van siguiendo los arces que se matizan de anaranjado color, los tilos, de oro claro, los olmos de amarillo pálido. El bronceado ramaje de los espinosos zarzales se destaca sobre el fondo de los prados, de unos, de un color de ocre claro todavía; en otros, de un verde de la otoñada, que parece anunciar una segunda primavera, y entre las zarzas resalta tal cual rama de encendido rojo sobre la masa general que seguirá verde todo el año; los castaños sueltan al viento sus hojas del suave color del tierno cervato, pero que, alfombrando el suelo, pronto se ennegrecen, embalsamando el ambiente con un perfume acre y vivificante; y por fin, sólo los pinos, pinsapos y los abetos con su sombrío ropaje, las encinas y otros más de los de hoja perenne, conservan á las arboledas

algun resto de verdura; y álamos, olmos, arces, acacias y castaños, gimen blandamente heridos por la fresca brisa, que les desprende espesa lluvia de hojas, de oro, al ser bañadas por los rayos del sol poniente.

Pocos otoños ofrecen al artista, al amante de la naturaleza, espectáculo más espléndido que el de éste, ni al cazador más atractivos, ni al defensor de la vida del campo más argumentos en su favor.

No somos partidarios de ningún absolutismo, sin que se entienda por esto que desconozcamos los inconvenientes y defectos de las escuelas eclécticas. Pero creemos que, si en alguna materia puede y debe plantearse el eclecticismo, es en la vida práctica ó en la práctica de la vida, como se quiere. No abogamos por la del campo, en absoluto, para aquellas personas que en el campo no hayan nacido, ó en él no establezcan los elementos de su vida propia; pero creemos que lo que en Inglaterra ha dado y está dando mucho que hacer á los estadistas y se designa con el nombre de *absenteismo*, es precisamente todo lo contrario de lo que aquí sucede, y lo que en cierta medida necesitamos: ménos política en las ciudades y más impulso en los campos á la agricultura, á la ganadería, á todas las numerosas industrias agrícolas, primera fuente y manantial inagotable de la riqueza humana.

Bueno es, magnífico, que los grandes señores construyan quintas y palacios, restauren castillos, planten parques y fomenten montes; mucho beneficio puede resultar de que se arraigue entre nosotros algo del *absenteismo* inglés, limitado al campo, por supuesto; si censurado allí por la exageracion con que se practica, aquí necesitado como regulador de nuestras costumbres públicas; pero ¿á cuantos mortales les permite el hado tener castillo, palacio ó quinta? Ni es á éstos á quienes les está cometido el propagar el impulso general, que bastante hacen con promover dentro de su esfera. La iniciativa individual en las clases medias es la que más segura y extensamente dirige y obtiene resultados provechosos de ése, como de todos los movimientos iniciales de reforma.

En pocos puntos ha podido verse tan palmariamente esta verdad como éste desde donde escribimos. Los sucesos políticos de Setiembre del 69 sacaron á este pueblo del letargo secular en que yacía. La desamortizacion de arruinados edificios en el pueblo, de extensos bosques y terrenos en su término, tuvo por inmediata consecuencia un prodigioso aumento de circulacion y de vida, una ex-

traordinaria atraccion de capitales y personas, y una extension considerable de la vida del campo para los vecinos de Madrid.

En los solares de los arruinados cuarteles, inútiles dependencias ó abandonadas casas de algunos grandes, levántanse hoy bonitas construcciones, rodeadas algunas de frondosos jardines que ostentan todos los primores de la flora del Mediodía en la época propicia, de fértiles huertas que producen, así los sabrosos frutos y preciadas hortalizas de Valencia, como los que hasta entónces eran casi exclusivo producto de la famosa huerta del Castañar, de la extensa y fertilísima del Convento y bosquecillo del Prior, y las de otras del Patrimonio Real. Los alrededores del pueblo se fueron cubriendo de otras explotaciones rurales; los montes, divididos en cotos, proporcionan hoy solaz á miles de cazadores constituidos en sociedades, y pingües rendimientos á los que tuvieron el buen acuerdo de emplear algunos ochavos en tan buenas fincas.

Resultado de todo esto es que desde las clases más acomodadas, hasta las proletarias, se hayan acostumbrado ya, éstas á las excursiones campesinas del domingo, que tanto facilitan los trenes de recreo, aquéllas á la temporada de campo en verano y á expediciones eventuales durante el resto del año, ya á propósito de cacería, ya con objeto de respirar aires más puros y sorprender á la naturaleza en plena y libre manifestacion de sus encantos.

Pero esto no es más que el principio y el primer resultado.

Al lado de los que por especulacion compraron los montes, de los que por aficion ó por necesidad de salud establecieron aquí una verdadera quinta de recreo ó un simple apeadero, hay los verdaderos apóstoles de un *absenteismo* racional y templado; los que sin abandonar la corte y conservando en ella por completo su residencia, han establecido aquí una explotacion rural proporcionada á sus medios y que les da utilidad, recreo, descanso y salud; que les ofrece espectáculos como los que tan gráficamente nos describen nuestros buenos poetas del siglo de oro, todos apasionados de la naturaleza.

Cuántos en el campo, como el Infanzon de Illescas, pueden decir:

Cuanta campaña veis se nombra mia,
Que mías son sus cazas y sus pescas.
Espíritus del sol al alba fria,

Escuadrones de aladas soldadescas
Jugos me dan de flores con que anegan
Repúblicas de corcho que en miel riegan.

El Tajo y el Jaraina en vacas bellas
Ejércitos me dan, del sol decoro,
Tan gentiles que Abril sospecha dellas
Que son hijas del sol, mentido en toro.
Unas púrpuras son, otras de estrellas
Manchan la piel en hemisferios de oro;
Y es tal la multitud, que cuando pacen,
Golfos de jaspes las riberas hacen.

O más modestos cultivan, recogen y saborean
todos esos frutos «Pompa de Agosto y vanidad de
Octubre»:

..... La verde pera
Con la manzana hermosa
De gualda y roja sangre matizada,
Y de color de cera
La cermeña olorosa
..... y la endrina de color morada.

Todos estos productos y muchos más proporcionan al celoso y diligente horticultor facilitar á la plaza de Madrid esas preciadas primicias, que tan caras paga el indolente gloton de las ciudades; cuando no se da á sí propio el doble placer de haber visto nacer, prosperar y madurar el fruto en época temprana, para consumirlo en su misma mesa en estacion en que el comun de los mortales tan sólo tiene el recuerdo de ellos para recreo del paladar.

No es al cazador á quien hemos de encarecer los encantos del campo en esa época en que para el desdichado vulgo de las ciudades la naturaleza está muerta, como dice el lenguaje de la ignorancia; pero el cazador no es más que una escopeta, y para sus oídos no hay mejor música — en el campo al menos — que la que produce el estampido de la pólvora, acompañado del latir de los perros que persiguen á la pieza herida, ni mejor espectáculo que un bando de perdices levantando el vuelo, la liebre veloz detenida súbitamente en su carrera y dando el salto verdaderamente mortal; y otros mil parecidos. Ahora es cuando el conejo tiene más sabor, la liebre más perfume y si la perdiz escasea, víctima del cepo y de la trampa, que hasta en los más apartados confines de la sierra se explota ya en grande escala por los sencillos serranos, las chochas, las gallinetas, las avefrías, como las golondrinas con los primeros suspiros de la primavera, aparecen ahora con los primeros ciervos, heraldos á su vez del invierno.

No es tampoco al artista ni al amante platónico de la naturaleza á quienes hemos de excitar á su contemplación ó explotación. Los paisajes de otoño son más ricos en color y en accidentes, más poéticos y menos monótonos que los de primavera. El otoño no es la estacion de la agonía de la naturaleza más que para los que pretenden conocerla desde su gabinete. Más espléndida, así en la riqueza de su atavío como en la de todos sus productos, que entonces da en abundoso despilfarro, es la imagen más gráfica de la creacion. Todo parece morir y nada muere; la hoja abandona el árbol, para devolver á la tierra la savia que la tierra en la eterna evolucion trasformadora convertirá en hoja en la primavera siguiente. Lo que parece muerte no es sino concentración de fuerza y de vida, y muéstrase esto en miles de ejemplos, como el que ofrecen las plantas tuberculosas, que parecen morir porque sus largas hojas se secan y caen, mientras la cebolla ó el tubérculo se reforma, crece y guarda para la próxima expansion vegetativa mayor fuerza de producción, que de este modo aumenta en progresion creciente, sólo contrariada por los obstáculos naturales, que á todos los seres se oponen como ordenado regulador en el admirable concierto de la creacion. Entonces es cuando el campo, el bosque, ofrecen esa música de los ojos, ya en variado concierto de brillante ejecucion, en los espléndidos días de otoño, ya en melancólicas y apagadas melodías de los bosques en las primeras ausencias del sol, despertando en la mente del poeta esos cantos de admiración á la obra del Creador que han entonado hasta los menos sensibles á sus hechizos.

Pero no es la poesía argumento de gran fuerza en ninguna propaganda, ni la vida del campo, en la medida que nosotros patrocinamos, há menester de él. La paz del alma, la salud y robustez del cuerpo, lo que se llama bienestar, con aplicacion á

la posicion social económica, constituyen la recompensa fácil y segura de los que aciertan á combinar la vida en el campo con la vida en la ciudad. Pocas serán las que en sus alrededores no faciliten practicar tan conveniente sistema, y no es la corte la que menos facilidades ofrece, hoy sobre todo que las distancias se han acortado lo suficiente para que en pocos cuartos de hora se puedan trocar el trasiego y viciada atmósfera de la villa coronada por el aire puro y vivificante de la accidentada sierra y la tranquilidad beatífica de la villa sin corona ó el lugar humilde. A los que pueden seguir el ejemplo de los muchos que han empleado sus capitales en comarcas como la en que escribimos, dedicamos nuestras reflexiones. Desde aquí se asiste al animado espectáculo de las luchas de todo género, que, en la esfera de las especulaciones sociales, se libra en los grandes centros, y en ellas mismas se toma parte. Ni esclavo de la sociedad, ni de ella expatriado, desde el campo á los salones, desde el bosque á la ópera, desde el casino de lugar al Ateneo, á las Academias, á las Cámaras, ni se pierde el hilo de esa novela interminable que se llama vida de sociedad, ni se pierden los goces que ella proporciona, ántes ganan en intensidad con el frecuente y rudo contraste.

Y así viviendo, vienen unas tras otras las estaciones, el gran espectáculo de la naturaleza, siempre el mismo, es eternamente variado, sin embargo, y tras los últimos días del otoño, las cumbres de los montes aparecen un día espolvoreadas con leve cernido de vergonzante nieve, cual bizcocho grande de confitería; viste luégo Guadarrama

En copos de viviente plata
Rica y feliz sus túnicas de nieve.

El atractivo de la caza crece; los perros montean más alegres y emprendedores; el sol claro y el cielo azul alientan al prolongado ejercicio, y si al volver al campestre hogar, confortablemente provisto de los recursos que la vida de la ciudad facilita, encontrais esperándoos el sabroso civet de la liebre que matasteis otro día, el pastel de perdiz sentado y sustancioso, ortodoxamente aliviados con aquel clarete que, segun la experta opinion del regocijado Baltasar de Alcázar, «quita melancolías y alegra», será cuando mejor apreciaréis las excelencias cantadas por Fray Luis de Leon en aquellos versos que nunca por muy repetidos serán con menos deleite admirados:

.....
Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso,
Con solo Dios se compasa,
Y á solas su vida pasa,
Ni envidiado, ni envidioso.

Real Sitio de San Lorenzo. — Noviembre.

FELIPE BENICIO NAVARRO.

AL DR. THEBUSSEM, SOBRE SITIOLÓGIA.

Mal que pese á los que motejan de baladí y asunto indigno de atento exámen cuanto se refiere al importantísimo arte de la cocina, la historia, de acuerdo con la ciencia y el sentido comun, pone de manifesto que sólo la ignorancia ó la carencia de ciertas facultades sensitivas pueden sugerir tan garrafales errores de apreciación.

No nos cansaremos en demostrar lo axiomático, ni en aducir pruebas del interes con que en todas épocas han sido atendidas por los espíritus más cultivados las materias relativas á la *mantenencia*, «que es una de las dos cosas por que el mundo trabaja», como decia el Arcipreste de Hita traduciendo á Aristóteles. Desde los romanos, que tenían establecidas cátedras públicas donde se enseñaba á trincar, hasta los ingleses, que las tienen públicas tambien y gratuitas del arte de cocinar; desde el Senado romano, decretando, á propuesta de Domiciano, el guiso del rodaballo con salsa picante, hasta el célebre Congreso de diplomáticos en que se proclamó por rey de los quesos al queso de Brie, segun cuentan los franceses; desde Ciceron hasta Jorge Sand, ¿cuántas notabilidades humanas no podríamos citar que condenan, explicita-

mente, con su opinion á los cuitados que desconocen la trascendencia que tiene en las sociedades el saber comer? No podemos, sin embargo, resistir al deseo de trascribir la siguiente reflexion que en una de sus novelas, *La Tour de Percemont*, estampaba este último distinguido escritor: «*Nos pensées — dice — notre disposition intellectuelle et morale, dépendent beaucoup de la distinction ou de la grossièreté des alimens que nous avons ingéré.*» Lo cual, dicho con la delicadeza y con la circunspeccion propias del buen estilo literario moderno, viene á ser una paráfrasis de lo que el citado Arcipreste opina al principio de sus cantares, diciendo que «*Quien bien come, bien fase garzonía.*»

Y estas reflexiones, que á cada paso encontramos en libros antiguos y modernos, viendo ya á Alfonso XI ocuparse, en las leyes de la Orden de la Vanda, de prescribir, á los que la mereciesen, reglas para el comer y el beber; asimismo en el *Doctrinal de caballeros*, escrito en el reinado de D. Juan II de Castilla, y otros mil que sería prolijo citar, condensáronse otras veces en verdaderos tratados, en los que se escribió de estas materias con el detenimiento, alta consideracion y superior acierto que decimos y se encuentran en las *Ordenaciones* de D. Pedro IV de Aragon y *Arte cisoria* del Marqués de Villena, en los siglos XIV y XV, en el *Libro de cocina* del celebrísimo cocinero de D. Fernando V de Aragon, en el XVI, y por fin, en el *Arte de cocina* del no menos digno de pasar á las edades futuras, Francisco Martinez Montañón, en el XVII: Prácticas, tradiciones y estudios que en los últimos recientes tiempos han caído en lamentable abandono.

Hace ahora ocho años que empezó á darse á la estampa un periódico que llevaba el nombre de *EL Debate*, y publicaba el ilustrado propietario de EL CAMPO, quien, deseando darle mayor animacion y atractivo literarios de los que por lo comun tienen los papeles llamados políticos, ideó que se publicarían en él ciertos estudios ó monografías gastrológicas ó sitiológicas, que hubieron de alcanzar mucho aplauso, y que se vieron reproducidos á porfía por otros diarios de Madrid y de provincias, que los daban como suyos. Valga el recuerdo como dato de que quien ha despertado últimamente con su iniciativa la afición á estos estudios, que despues han seguido tratando mejor cortadas plumas y más expertas inteligencias, fué nuestro querido amigo el fundador de esta revista.

Más tarde, el chispeante Dr. Thebussem dedicó su perspicuo espíritu de observacion y espontáneo gracejo á discurrir sobre asuntos de la misma índole, encontrándose, andando el tiempo, y á vuelta de varios escritos, con un brillante mantenedor, ya del oficio, y que, pasando del fogon al escritorio, puede ser buen sucesor de los Nolas y Montañones.

Hasta ahora, sin embargo, las disertaciones de entrambos sólo han ofrecido un interes de carácter limitado, con tanto mayor motivo cuanto que, en nuestro concepto, ni al literato, ni al cocinero, sino al maestresala, ó al que haga sus veces en la jerarquía de los palacios, suponemos que debe incumbir el conocimiento y disposicion de ciertas materias.

Lo que al público en general debe interesar, lo que le es útil, conveniente y necesario estudiar y conocer es aquello que en materias de mesa y de cocina le toca de cerca. No es de extrañar, pues, que el último artículo del ilustrado doctor se presente á más atencion y mayor crítica, al menos en la parte que alude á la cocina doméstica.

Y como prueba de ello, vamos á trascribir algunos párrafos de una sentida carta que, inspirada por el referido artículo, nos dirige un *Ama de llaves* en defensa de la, por el erudito doctor atropellada, clase media. Dice así:

Sr. Director de EL CAMPO:

.....
A conciencia tomé siempre el ejercicio de un cargo que ejerzo en casa de modesta fortuna, y donde subsiste aquél, más que por las necesidades económicas de ella, por un afecto de familia transmitido de madre á hija. Considerada y atendida como á tal, y teniendo alguna afición á instruirme en las labores propias de mi sexo, como se dice en las hojas de empadronamiento, leyendo y estudian-

do, á la par que practicando, no debe extrañarse que tenga afición á los libros, sobre todo á los que de oficios domésticos tratan, y en especial á los de cocina, de que tengo reunidos algunos; ni que considere, en fin, como una de las artes que mejor ha de conocer toda mujer de su casa, la del cocinar. Así lo aprendí de mi madre, que en países extranjeros hubo de perfeccionar, por fuerza, su educación doméstica.

Con curiosa atención he seguido la plática escrita que un señor Dr. Thebussem y un «Cocinero de S. M.» sostienen hace algún tiempo en un periódico ó revista de Madrid. Pero más bien ha sido por simple curiosidad de mi afición que por utilidad de enseñanza, pues ni á mí ni á los míos nada nos va ni puede irnos en que en las mesas de los palacios se sirva en *postura* ó de otro modo, ni en que se adornen con centros de mesa (creo que esto será lo que quieran decir con aquello de *plateaux*) ó con simples *platos montados*, nuevas montas de que nada se me alcanza, pues siempre en castellano creo que se dijo *platos armados*. Además que, si he de decir verdad, no me inspira mucha confianza cocinero que confiesa «que nunca se le cae el cigarro de la boca.» ¿Es posible que hasta tal punto se hayan perdido en aquella casa las tradiciones del pulcro y escrupuloso Montañó? Del que decía «...y no consentas hacer jigote ninguno á ningún mozo ni oficial sin su toalla al hombro, y su tenedor, y tomará la pieza, pierna ó ave, con el tenedor muy bien, y picará en el aire con mucha gracia; y adviértale el que picare, que entre tanto que picare no ha de toser, ni hablar, ni ha de hacer otra cosa ninguna, sino estar con mucha compostura, porque es mucho descomedimiento picar y hablar.»

Pero supongo que lo del cigarro habrá sido un *ripio*, y reconozco en el castizo cocinero un sincero patriotismo al proponer que en ciertos detalles como el del servicio y trinchado de las aves se vuelva á los buenos y clásicos tiempos en que no era España tan servil imitadora como es hoy de naciones extrañas, en materias en las que no necesitó nunca serlo.

El famoso doctor que hasta ahora había discurrido sobre las mesas Reales, de Estado y de próceres, como él dice, descendiendo al fin á más humildes esferas en su último escrito. ¿Qué le ha hecho al Doctor la clase media española para que la trate con tanta dureza? O el Doctor no sale de su huerta hace muchos años, ó cuando ha salido ha estado á pan y manteles en el mismísimo alcázar real. ¡Sólo así se comprende que haya confundido la cocina, comedor y mesa de las casas de huéspedes con chocolate y principio, con los de esa clase media que separa de la sociedad, limitándola, en seco, entre el gobernador civil ó *golilla de Audiencia* y el triste empleado de 10.000 ó 12.000 reales.

Esta clase media, según él, ni come ni sabe comer; hácelo en piezas desnudas de todo adorno ó adornadas con pinturas capaces de quitar el apetito; usa tenedores cuyos dientes romos y desnivelados, cual signos de música no pinchan; se vale de rudos cuchillos de hoja negruzca, que no cortan; cubre la mesa con manteles sombríos y de dudosa limpieza, y trae los manjares coloreados, en fuentes y platos de fondos amarillentos y bordes quebrantados. Las casas modernas carecen de comedores, y en las cocinas sólo se guisan «conejes hechos pedazos y nadando en un mar de salsa negruzca»; (el Doctor no conoce por lo visto la *gibelotte* de esa cocina francesa de que se muestra tan apasionado); las magras de jamón frito; el bacalao con arroz; las perdices en escabeche; el chorizo con huevos; la longaniza asada; las gallinas en pebre.

«Las gentes ilustradas, añade,—y esto es lo más gordo,—es decir, los médicos de fama, abogados de renombre, militares de graduación, empleados de alta categoría, catedráticos, diputados á Cortes, etc., dicen que es una porquería el *foie-gras*, un vomitivo la *mayonesa*, y peor que el vinagre el Burdeos.» Y en fin, imitando á los inocentes, hace coro á los que, sintiéndose apartados de esferas donde se vive con más holgura y comodidad que en las suyas propias, suelen entonar colillas como aquella de

«Tanto vestido blanco,
Tanta farola,
Y el puchero á la lumbre
Con agua sola.»

¿Qué comedores ha tomado el Doctor por casas de personas decentes, como él mismo las llama? ¿Qué clases ilustradas son esas que ha tratado y en qué mesas de la clase media ha comido?

Los comedores ni se construyen, ni se pintan, ya hace muchos años, como en los tiempos antediluvianos en que el Doctor hizo sus observaciones, sin duda, ni el comer sobre manteles sucios con tenedores desdentados, ni vajillas pobres, ha sido nunca propio de la clase media, sino de la clase sucia, que lo mismo puede existir en el medio que en los extremos de la sociedad.

El desarrollo prodigioso que el comercio y la industria alcanzan hoy en España permiten organizar, aún á las más modestas fortunas, comedores en toda regla, donde no falta nada, desde la mesa de trinchar hasta el tenedorcillo para las ostras y el frutero central de limpio y barato vidrio de Gijón. Dése, si no, una vuelta el Doctor por los almacenes de muebles, de loza y cristalería, y de plata Ruolz, de Madrid y Barcelona, y se convencerá de que no se necesita ser un prócer, ni siquiera una de esas *cien personas* que según su cálculo habrá cuando más entre la corte y las provincias, para poder presentar un comedor y una mesa decentemente dispuestos.

El Doctor ignora también, por lo visto, que no ya el aseo y la limpieza de que no se trata siquiera entre personas bien educadas, sino la afición á amueblar artísticamente las habitaciones, á reunir en ellas bellos objetos y muebles antiguos ha cundido en extremo, así en Madrid como en provincias, y que le podría citar artistas, literatos, músicos y otras muchas personas, que no sabemos en qué clase colocará, pero que seguramente no son próceres ni mucho menos, que se construyen casas, encomendando su obra y decorado á verdaderos artistas, con lo que contribuyen á la difusión de lo que llaman *comfort* y á la del buen gusto. Y en suma, es preciso no haber visto las casas que de veinte años á esta parte se construyen, para sentir especies, como la de que lo general, en las habitaciones de la clase media, es que no haya donde guisar, ni donde comer decentemente.

Pero apostaría á que si el Doctor leyera mis razones me saldría al paso con la objeción de que la posibilidad no arguye la existencia; lo cual, si puede parecer buen argumento, para el que ignora, segura estoy de que no ha de pasar de sotisma para todos los que hayan leído la biliosa censura de su último artículo, y conozcan la verdad de las cosas y á la clase media, de más cerca, que desde la Huerta de la Cigarra, por lo que me parece excusado insistir sobre este punto.

Aun más desacertado, si cabe, le encuentro al apreciar la inteligencia y conocimiento en gastronomía de las clases ilustradas, y por ende de las que en su concepto no deben serlo, no perteneciendo á las categorías que enumera. Yo creo que la educación gastronómica de los españoles nunca fué tan escasa como se quiere suponer. Asusta á muchos el formulario de los libros de cocina, y fijándose en la forma, no descienden al fondo, ni tienen en cuenta que en el sazamiento de los manjares ha habido también su moda ó afición marcada, así en épocas como en países, ya obedeciendo al capricho, ya á las exigencias del clima. Así la inclinación al dulce en la generalidad de los guisos se ha conservado en la Edad Media, hasta tiempos muy modernos. La cocina rusa prodiga hoy los sub-ácidos, como la naranja; la inglesa, el picante en todas sus manifestaciones, etc. Y de aquellos que hoy tienen que parecer anacronismos, esto es, de que nuestros gustos actuales, respecto á las viandas, no sean en todo los mismos que los de los siglos pasados, se deduce que entonces no se sabía comer. ¿Qué imparcialidad! No ya en este siglo, sino al mediar el último pasado, decía un cocinero de la de S. M., en un libro que compré en puesto de obras viejas: «pues ya hemos llegado á un tiempo que sólo se vive para comer; así me ha declarado esta verdad los muchos años que hace que voy tostándome entre las cocinas más fuertes de esta corte, siempre inquieto y desvelado para inventar nuevos platos en que saborearse el delicado gusto de mis amos....»

Mas los trastornos sociales de últimos del siglo y principios del actual debieron llegar hasta el fogón, en que con frecuencia debió extinguirse por muchos días el sacro fuego, emblema de la fami-

lia. Los héroes de la guerra de la Independencia no necesitaban más que un pedazo de pan duro; los fanáticos de la Constitución y del Rey absoluto no podían pensar en comer, cuando alternativamente andaban á salto de mata.

Según he oído mil veces referir á mi madre que tuvo que acompañar á Inglaterra á sus señores, expatriados, la emigración liberal del año 23 trajo á su regreso á España el germen del renacimiento de la cocina y el comedor en el presente siglo. Aquellas costumbres contraindicas durante el triste destierro, y que lo mismo se impusieron al pobre que al rico, conserváronse en el hogar doméstico con cierto amargo deleite, en que se confundían el recuerdo de las pasadas desventuras y el del mejor sistema de vida doméstica practicado y observado durante largos diez años en los países que dieron albergue á las víctimas del absolutismo. Las ideas de libertad, fortalecidas con la persecución y desorrolladas en el destierro, no se circunscribieron á la política; extendiéronse á las costumbres y llegaron hasta la cocina. Vino después el más frecuente é íntimo trato con pueblos que andaban ya muy por delante de nosotros en el camino del progreso, y lo que se había perdido en gastronomía en los últimos cincuenta ó sesenta años, se recobró y se aumentó considerablemente. ¿Cree el doctor Thebussem que establecimientos como el primitivo *Cisne*, que dió á conocer en España á aquella notabilidad malograda, á aquel eminente gastrónomo, literato y filósofo, que tenía por nombre Farrugia, y á quien más de una vez vi y oí en esta casa, hubiera podido fundarse y subsistir allá por los años cuarenta y tantos, si los paladares españoles no hubieran estado ya suficientemente educados para apreciar todas las sutilezas del arte moderno? ¿Pretende por ventura que con el asombroso desarrollo que desde aquella época fué tomando la, ya no obra de misericordia, sino de industria, de dar de comer al hambriento, continúan aún calificados de porquería y vomitivo (*shocking*) el *foie-gras*, que hace años se vende en todas las tiendas de ultramarinos y la *mayonesa*, que en cualquier barraca de la huerta de Valencia se hace en toda regla desde tiempo inmemorial, pero con nombre más apropiado; y en suma, que ninguna cocinera de medio pelo deja de saber batir? ¿Y por quién? Por las clases ilustradas nada menos. Pregunte á Carlos Fornos, á Lhardy, pídale datos de los manjares exóticos, muchos por el nombre más que por la confección y la esencia que diariamente confeccionan de encargo. Registre sus libros y cuente los festines que organizan y sirven á la semana, y díganos luego si estas cátedras de gastronomía práctica, tan concurridas diariamente, pueden haber dejado de formar el gusto, dado que no existiese, de haber acostumbrado el paladar y el estómago á saborear y digerir otras cosas que las que supone, y no se presentan sino en la mesa de aquel que por uno ó por otro modo pertenece á esa clase que el Doctor llama media y yo ya he dicho cómo se llama. Pase los ojos por los anuncios de la *Correspondencia* y verá á cómo van y en cuántos sitios se encuentran faisanes muertos y hasta vivos, capones y pollas del Mans y otros mil primores de mesa que en su abundancia dicen quien los consume.

Para concluir, que ya la réplica debe enfadar al lector, creo que no hay motivo para poner á los pies de los caballos la cocina española, que no tiene la culpa de verse ó mal practicada ó disfrazada con extranjeros motes. Está de moda ensalzar la francesa, sin conocer á fondo ni una ni otra, y algunos hay que, esclavos del chiste, insulta á la verdad y al buen sentido, motejando de bodrio, si se le da con nombre español, lo que encuentra ambrosía si lo ve bautizado y atildado á la francesa. Además de que no sería fácil materia señalar los límites divisorios de una y otra á no poseer el medio expedito y decisivo que el doctor Thebussem emplea para dividir á la sociedad en clases. Como quiera que sea, mucho celebro que haya tocado esta cuestión, que espero con impaciencia ver tratada mejor de lo que lo puede hacer su afectísima servidora,

UN AMA DE LLAVES.

Madrid, 17 de Diciembre de 1877.

FIESTAS EN SEVILLA.

No puede negarse que la capital de Andalucía imprime cierto carácter especial, á pesar del cosmopolitismo de los tiempos modernos, á todos los acontecimientos que se realizan en ella.

El cielo, el sol, el ambiente que se respira en los pintorescos paisajes que la rodean, en cuyo centro se levanta esbelta la Giralda, forman vistoso panorama que alegra el espíritu y predispone el alma á gratas impresiones.

Tan luego como atraviesa el tren los encrespados picos de Despeñaperros y costea, deslizándose sobre los bruñidos rails, las pintorescas vertientes de Sierra Morena, presenta la naturaleza, ante los ojos del viajero, risueña trasformación.

Desde los linderos de la vía-férrea cubre la tierra, aun durante el árido invierno, una alfombra de verdura; el olivo, de hoja perpétua, adorna frondosos valles y laderas; las puntiagudas pitas como tulipanes inmensos de color verde mar, señalan los límites de las propiedades; el naranjo engalanado con su triple producto ostenta al mismo tiempo el blanco y oloroso azahar; la naranja verde y el fruto maduro, cuya roja cáscara se destaca sobre muros de verdor; las palmas, ese sustento perenne de la mayor parte de los animales del campo, dan á aquellos terrenos un aspecto de frondosidad que sería difícil buscar en otra parte.

El invierno rivaliza allí en brillo y esplendor con la misma primavera y las aves del Norte, huyendo de los frios glaciales, dan con su presencia animación y vida á aquellas llanuras que festonea el Guadalquivir y que multitud de casitas blancas, expresión de la pulcritud de sus habitantes, adornan.

Juguetea graciosa por valles y laderas el *Avefria* con su bullicioso graznido; revoletan los chorritos en los sitios pantanosos; chirrean los pardos zorzales en las ramas de los árboles; cantan en los naranjales multitud de pájaros de colores diferentes; la cenizosa y corpulenta grulla vigila por su propia conservación desde las elevadas colinas; los blancos cizones vuelan rápidos al menor ruido; la chocha viajera hunde su largo pico en la tierra, buscando en la humedad su habitual sustento; las agachadizas y los pitos reales pueblan los juncos; la zarzeta y mil especies distintas de patos, baten con sus alas las orillas de los rios, cuando no disfrutan placenteros la majestuosa soledad de las extensas marismas.

Es necesario ir á Andalucía, y sobre todo á la provincia de Sevilla, por primera vez, ó despues de haber estado mucho tiempo ausente habitando las regiones centrales de Europa, para formarse cabal idea del efecto que produce en la criatura humana aquel clima, aquel país, que si sus habitantes no abusasen de sus ventajas, acostumbrados á vivir por lo común en casas más bellas que confortables, rivalizaría y vencería por su dulzura y sus encantos á Niza, á las playas de la Liguria y á los contornos más plácidos de Italia.

Populosa, floreciente, rica, uniendo el movimiento, el comercio y el progreso de la vida moderna á novelescas tradiciones, á románticos recuerdos y á legendarios edificios, Sevilla ha ofrecido recientemente á S. M. el Rey D. Alfonso XII placentera hospitalidad, durante los días que ha ido á visitar á la virtuosa y simpática princesa que será pronto Reina de España.

Entre las distintas fiestas que allí han tenido lugar, merece especial mención, así por su naturaleza como por pertenecer al número de materias de que se ocupa EL CAMPO, la carrera de cintas y ramos que se verificó en la Plaza de Toros de aquella ciudad; cada día más bella y floreciente.

Una barrera de madera cubierta de verde follaje partía el círculo de la Plaza, formando un óvalo, con la extensión á propósito para los ejercicios de equitación que debían realizarse.

Ancha colgadura de terciopelo carmesí festoneado de oro adornaba el palco régio, desde el cual presenciaban la fiesta S. M. el Rey. La Princesa de Asturias, SS. AA. los Duques de Montpensier y la Infanta Mercedes. En los palcos inmediatos estaba la alta servidumbre de Palacio.

Debajo del Rey, y adelantándose sobre la arena del circo, se había improvisado un balcón, cuya balaustrada cubría ancha franja de grana, y en el

cual estaban las cuatro Presidentas de la fiesta.

Vestia la princesa Cristina que era una de ellas, mantilla, corpiño y falda de seda carmesí con golpes negros de pasamanería y tiras de terciopelo negras. Adornaba sus cabellos prestando viveza á su fisonomía un ramo de variadas flores naturales.

La señorita doña María Manjon, la preciosa hija de los Duques de T'ceslaer y la de los Condes de Cassal, de majas también, acompañaban á la infanta Cristina, componiendo, como si dijéramos, la Junta Directiva más bella é interesante que podía imaginarse de aquella elegante fiesta.

Numerosa pléyade de mujeres hermosas cubrían las galerías inferiores del anfiteatro, formando como un apiñado jardín de flores humanas.

La mantilla de blonda y de tira; el ajustado corpiño; la ceñida saya con sus contornos provocadores; la calada peineta de carey, de oro, de coral y de perlas; la media finísima, y el zapato encintado, en fin, gozaban de triunfo pasajero sobre los sombreros de terciopelo, los abrigos de pieles, los trajes de cola y la botita de piramidal tacon.

Es difícil encontrar un conjunto de mujeres más hermosas, más gallardas, más bellas que las que estaban allí reunidas en los momentos en que la Presidenta ondeando el blanco pañuelo daba la señal para que entrasen en la arena los justadores.

Empezaba la función por una corrida de novillos engalanados con vistosas moñas que

«Todo galán pretendía
Ofrecerla vencedor
A la dama que servía»,

resultando por ello que toreros de á caballo y lidiadores de á pié se vieron comprometidos más de una vez en peligrosos trances.

Estoquearon los toros con agilidad y donaire extraordinarios D. Eduardo Miura, D. Eduardo Rodríguez y D. Fernando Ceballos, sirviendo de banderilleros los Sres. D. Luis Solera, D. Abelardo Jimenez, D. José Gutierrez, D. Felipe Gallego, D. Eduardo Hidalgo y D. José Abascal, y de picadores los señores D. Francisco Posadas, D. Manuel Pasalagua, D. Juan Torres y D. Fernando Chacon, siendo encargado de pedir la llave D. José L. Armero.

Terminada la corrida de novillos se presentó el Marqués de Nevares sobre un precioso caballo tordo, de raza árabe, y lo trabajó á la alta escuela con gran maestría, arrancando no pocas veces nutridos aplausos de la elegante concurrencia que poblaba gradas y balcones.

Pasado este intermedio, durante el cual debían desnudarse los toreros que iban á tomar parte en la corrida de cintas, se presentaron en la plaza, vestidos todos por igual, con bota negra alta, pantalón gris ceñido y sombrero de copa, los Sres. D. Eduardo Miura, en una jaca blanca de la ganadería de D. Miguel Martínez Azpillaga, del Puerto de Santa María, llamada *Borrega*, que alcanza en el *sport* andaluz imperecedera fama. Montaba el Marqués de Nevares una jaca, *Lucera*, alazana, de la casta de D. José Gil Guerrero, de Alcalá de los Gazules. Iba D. Luis Polera en un caballo llamado *Rabicano*, negro, lucero, de las yeguas de D. Manuel Acosta, de Brenes. Cabalgaba D. Juan Tornero en *Arrogante*, tordo, oscuro, de la raza de D. Vicente Romero, de Jerez de la Frontera. Domaba D. Alejandro Góngora los brios de *Cometa*, precioso caballo de la raza del Marqués del Saltillo. Montaba D. José Gallego una preciosa yegua castaña, careta, llamada *Barbera*, de la ganadería de D. Antonio Miura. Don José Valdivia hacía tascar el freno á *Señorita*, yegua alazana, calzada, y de la raza de D. Faustino Muruve y Muruve, de los Palacios. Don José Quintana iba sobre *Aldeano*, caballo castaño, de la raza de D. Miguel Lasso de la Vega, de Carmona. Don Eduardo Rodríguez montaba la yegua *Corsita*, torda oscura, de la ganadería de D. Alonso Romero, también de Carmona. Sobre *Pimienta* marchaba D. Félix Tornero, yegua castaña, de raza desconocida. Don José Luis Armero cabalgaba sobre *Almirante*, hermoso caballo blanco, de la raza de D. Ildefonso Nuñez de Prado, de Arcos de la Frontera. Don Felipe Ruiz montaba un tordo oscuro, entero, llamado *Salerito*, de la ganadería de D. Joaquín Castrillon, de Vejer. Don Juan Olmedo iba sobre una yegua torda clara, por nombre *Reunida*, de la raza de don

Ildefonso Nuñez de Prado, de Arcos de la Frontera. Don Manuel Lastra niño casi, pero en extremo gentil y gallardo, en una yegua castaña oscura, conocida por *Calzadita*, de la raza de D. Angel Pineda, de Sevilla. Don Juan Muruve marchaba sobre *Jabonero*, tordo claro, de procedencia desconocida. Don Juan Torres de destreza singular iba en *Voluntaria*, yegua alazana, lucera, de procedencia también desconocida. Don Roberto Berriozabal montaba á *Artillera*, yegua torda oscura, de la raza de D. Eduardo Rodríguez, de Sevilla. Don Fernando Ceballos domaba los brios de *Cañamazo*, tordo claro, de raza desconocida. Don Gonzalo Bilbao montaba sobre *Volador*, tordo oscuro, también de raza desconocida, y por último, don José de Porres, jinete en un tordo claro, llamado *Sonajero*, de la ganadería de D. Francisco J. de Andrade, de Sevilla que aunque ya viejo puede presentarse como tipo de un buen caballo español.

Divididos en dos pelotones de á diez caballeros, al frente de los cuales iban D. Eduardo Miura y D. José de Porres, consumadísimos jinetes, hicieron al paso, al trote y al galope distintas y bien ensayadas evoluciones, en las que pusieron de manifiesto así el conocimiento de los caballos como la destreza de los caballeros.

Colocáronse luego los veinte en ala, á la derecha del palco presidencial, bajo el cual había colocado un perno de hierro con varios carretes, de los que pendían variadas y vistosas cintas con fleco de oro, regalo, como las moñas, de las señoras allí presentes. Enfrente de la cinta y al otro extremo del cerco había una pequeña columna truncada que servía de sostén á un ramo de flores.

Partía uno á uno cada caballero á todo escape, procurando sacar del carrete, en la punta de la ligera lanza que llevaba en la mano, la cinta que era más de su agrado, y conseguido esto entregaba la lanza á un criado que estaba al paso, sin que el caballo variase de aire, lanzándole luego de nuevo á todo escape para coger, descolgándose sobre el estribo derecho, el ramo colocado en la pilastra.

Los veinte caballeros repitieron las suertes diferentes veces con agilidad extraordinaria y donaire poco común, recibiendo multitud de aplausos y de plácemes de todos los circunstantes.

Dióles por la noche el Sr. D. J. I. Goyena un gran banquete, al que fueron además invitados los Sres. Sierra, Davies, Viesca y otros que pertenecen á los círculos de *sport* de Jerez y de Cádiz, y el Marqués de Campo-Sagrado, el Conde de Gomar, y los Señores Albaredas que habían ido de Madrid á presenciar las funciones.

La comida estuvo animadísima, hubo brindis á la ocasión adecuados, distinguiéndose el del Presidente Sr. Goyena al saludar á sus amigos de fuera de Sevilla allí presentes, y la contestación del Sr. Davies, que, á pesar de ser inglés de origen, brindó en correcto español, mereciendo entusiastas y repetidas *hurras* sus discretas palabras.

No vamos á describir las carreras de caballos que tuvieron lugar al día siguiente, porque nuestros lectores encontrarán la descripción de ellas en otra parte de nuestro periódico.

Otro tanto sucede con el tiro de pichon y las regatas.

En resumen, las fiestas de Sevilla han sido preciosas, reflejándose en todas ellas la galantería peculiar de sus habitantes, la belleza proverbial de las mujeres andaluzas y la alegría de aquella naturaleza que todo lo engalana.

LA HACIENDA DE SAN JOSÉ.

Málaga dependía del reino de Granada, cuando la dominación árabe, que con tan profunda huella dejó marcado su paso en nuestras provincias andaluzas, habitaba la Alhambra y se enseñoreaba del Generalife.

Limitan el territorio de Málaga al O. y NO. los de Cádiz y Sevilla, al N. el de Córdoba y al E. el de Granada, ciñéndola al S. el Mediterráneo en una costa de 152 kilómetros.

La superficie de la provincia malagueña es de 8.370 kilómetros cuadrados, y su población pasa de cuatrocientos cuarenta y tantos mil habitantes.

Málaga, con sus vegas de Vélez y Antequera; con sus *fuentes del Sultan*, en Almogía; con su *divina fuente*, como llamaron los romanos á la *Fuente de piedra* situada en el camino de Córdoba; con su majestuosa serranía de Ronda; con sus aguas de Carratraca y sus históricas grutas, cuya fama pregona Plutarco; con sus pintorescos pueblos de Alhaurín el Grande, Monda, Ojén y Alora, que cita el romance morisco:

«Nacido en Granada,
Enamorado en Coin,
Frontero de Alora»;

Málaga, cuya riqueza y feracidad no tienen ejemplo en país alguno, es la Sultana del Mediterráneo.

Brotan y fructifican en su suelo la vid y el olivo, la robusta encina y la esbelta palmera africana, la caña dulce y el naranjo y el limonero, el cedro y el plátano, el castaño y la sensitiva del Brasil: en sus montañas abunda la caza, y en sus aguas nunca se agotan los más delicados peces.

Su agricultura, su industria se desarrollan prodigiosamente, y junto á los ingenios del azúcar se oye el potente suspiro de la máquina de vapor que pone en movimiento la fábrica de tejidos ó la fundición de metales.

En las entrañas de aquel suelo primitivo de Ojén y Benalmádena se encuentra el hierro escondido, como en otras zonas de la provincia el plomo y hasta la plata, y el níquel, aunque en pequeñas proporciones.

El mármol y el jaspe ofrecen á la construcción sus canteras, así como la piedra de Mijas, especie de ágata muy estimada para la ornamentación de los templos. Las columnas que decoran el de las Salesas Reales de Madrid, y las de la capilla de la Encarnación en la catedral de Málaga, son extraídas de aquellas famosas canteras.

El comercio de Málaga es hoy de los primeros de España: exporta por término medio novecientas mil arrobas de vino seco y dulce; cuatrocientas mil arrobas de pasas; trescientas mil de higos secos; un millón de arrobas de aceite; más de mil quinientas cajas de limones, procedentes de Vélez, Estepona y del distrito mismo de la capital; garbanzos, maíz, naranjas, que rivalizan con las de Tánger; granadas, aceitunas y pescados: sus cele-



LA HACIENDA DE SAN JOSÉ, PROPIEDAD DEL SR. D. TOMÁS HEREDIA, DE MÁLAGA.

bradas anchoas llegan á Italia, Grecia y las islas del Archipiélago.

Málaga, la capital de la rica provincia andaluza, hallase reclinada en la falda de la montaña donde se levanta el famoso castillo Gibralfaro, elevado ciento setenta metros sobre el nivel del mar; atalaya morisca unida á la Alcazaba por un camino oculto, resguardado por viejo murallón que desciende serpenteando por la ladera.

La ciudad encierra algunas bellezas artísticas, tales como la Alameda con su fuente de mármol, sobre cuyo origen la leyenda ha inventado poéticas fábulas; San Telmo y la Catedral.

Los blancos cortijos que rodean la población, sus ricos campos, todo respira esa alegría inexplicable que produce en el espíritu la vista de un panorama dilatado y lleno de luz, ó la melodía desconocida que armoniza con los sentimientos de que nos hallamos poseídos.

Entre los colores y los sonidos existe la misma relación que entre el color y el aroma, y entre los colores, los sonidos, los aromas y el alma, hay relaciones misteriosas, pero exactas.

Contemplar al débil y rojizo destello del sol que desaparece tras las sierras de Ronda la línea confusa que separa el mar de la atmósfera; ver cómo brillan todavía los diamantinos puntos formados

al reflejo del astro rey por las movidas ondas, en tanto que en el lejano mar de Levante la bruma empieza á borrar el límite común de cielo y agua; tender la vista á las costas de Torre del Mar y Nerja, teñidas ya del verde oscuro que precede al luto de la noche; ver á la derecha una población agitada y bulliciosa; multitud de lucecitas cuyos resplandores se escapan á través de puertas y ventanas, como en esas torrecillas fabricadas de yeso; escuchar ese incomprensible idioma del mar que se agita, y el canto ó la voz de mando del marino; cuántos recuerdos evoca! cuánta felicidad produce en el alma!

Y esto que de Málaga puede decirse no es aplicable á puerto alguno; porque las encrespadas olas del Océano en las costas del Cantábrico tienen otro lenguaje, y el clima y los habitantes de otros puertos, ya de este mar, ya del Mediterráneo, carecen de las condiciones de fantasía é idealismo que son peculiares al pueblo del Perchel y la Trinidad. En Málaga está saturada la atmósfera de felicidad y de poesía.

Mézclanse en aquel pueblo la natural indolencia de quien nace rico por la prodigalidad de Dios, con la actividad febril del más laborioso país, sobre todo durante los días de la vendaja.

Ligero, tal vez, caprichoso como niño mimado

por la fortuna, podrá verse inculcado por no sacar todo el partido que otro pueblo más laborioso ó más pobre sacaría del rico venero de la agricultura; pero en cambio es menos egoísta, más generoso, más capaz de regalar lo que le pertenece por el orgullo de hacer el bien.

Málaga cuenta entre sus hijos ilustres varones, y á algunos de los que hoy viven en su seno es deudora de no pocos adelantos.

Entre los nombres que deben ser consignados en nuestros días, para honra suya y de Málaga su patria, merece muy especial mención el de D. Tomás Heredia, cuyo ilustre apellido bendicen centenares de familias en la capital malagueña y su provincia.

Dueño de grandes posesiones, cuenta entre ellas la magnífica que lleva por título *Hacienda de San José*, situada al norte de la población y en la margen del Guadalmedina, cuya vista ofrecemos hoy á los habituales favorecedores de EL CAMPO.

El palacio que se levanta en el centro de la posesión, y que, como verán los que se fijen en el grabado, pertenece al estilo jónico, es verdaderamente magnífico, no echándose de menos en él nada de cuanto exigen el más refinado gusto y la más exquisita delicadeza. Desde sus azoteas se domina el inmenso campo de Málaga, detrás de la ciudad, y

á lo lejos las argentinas aguas del Mediterráneo. Después de pasar la magnífica puerta de hierro que da entrada á la Hacienda, se encuentra la portería, que es de estilo ojival muy elegante. La avenida ó camino de árboles que conduce al palacio, está adornado de *Platanus orientalis* para sombra.

El Palacio está situado en una pequeña eminencia, y al pie de su escalera principal hay un llano de unos quince metros, hasta donde llegan los coches.

Los jardines de la Hacienda son notabilísimos, habiendo aprovechado D. Estéban Geodfre, á cuyo cuidado están, todos los accidentes del terreno, no sabiéndose qué admirar más, si las extensas praderas y los anchurosos paseos, ó la infinidad de grutas, cascadas, saltadores y lagos para plantas acuáticas que á cada paso se encuentran.

También hay preciosos bosquecillos donde jamás penetra el sol, y donde la soledad y lo agradable de la temperatura convidan al descanso ó la meditación.

El que por vez primera visita la Hacienda de San José queda maravillado al saber que las plantaciones más antiguas de la finca cuentan apenas catorce años, pues la creación de los jardines data de esa misma fecha.

Para dar una idea de la diversidad de plantas con flores que vieron á mediados del último Diciembre varias personas que visitaron la hacienda, y para que puedan juzgar nuestros lectores del templado y hermoso clima de que gozan los malagueños, vamos á citar los siguientes nombres de plantas que allí se cultivan:

Las Vigandias de Carracas, Bibricus de las Indias y de China, con flores dobles y sencillas; Iochromas de Nueva Granada y el Perú, Habrotamnus de Méjico, Heliotropium del Perú, Passiflora del Perú y Brasil, Bouvardia de Méjico, Ruselia juncea de Méjico, Poincetia pulcherrima (ó flor de Pascua) de Méjico, Datura de Egipto y del Perú, Sparmania africana, Ageratum celestinum y album de las Antillas, Acacias de la Nueva Holanda, y otra infinidad que no citamos por no pecar de prolijos. En árboles la variedad también es inmensa, descollando los más raros ejemplares de palmeras, cuajadas de sus dorados frutos.

Los invernaderos son notables y están cuidados con la misma solicitud que toda la Hacienda. En uno de ellos se cultivan las ananas, cuyo fruto carnoso y amarillo al par que sabroso y fragante en su estado de madurez, excita el apetito. En otros invernaderos hay ricas colecciones de plantas tropicales y ornamentales que no resisten el aire libre pero que se van aclimatando poco á poco.

Al lado del palacio está la llamada casa de labor, que bien pudiera llevar el nombre de granja modelo.

Su estilo es el mismo de esas villas que tan frecuentes son en Suiza. Alegre y espaciosa encierra en su seno todas las dependencias de la labor, la cocina de los trabajadores con su hornillo de hierro, donde se guisa á veces para más de cien hombres; cuadras para los caballos de lujo y para las mulas y asnos de la granja, establo para las reses vacunas, molino de aceite con su prensa de hierro, lavadero, pajar, granero, bodega y almacenes. El capataz y el jardinero de la finca habitan en la casa.

El terreno de la hacienda que corresponde á la granja se divide en dos partes, la una de secano y la otra de regadío. El acueducto de San Telmo atraviesa la finca y es de notar el coto de pinos que allí existe. En cuanto á las viñas, las hay de moscatel para pasas y de Pedro Jimenez para vino. Los olivos, almendros, higueras, algarrobos y limoneros son también innumerables; baste decir que estos últimos pasan de seis mil.

Hemos descrito, aunque algo á la ligera, por no sernos más fiel la memoria, la Hacienda de San José, que es una entre tantas como rodean á la capital malagueña y se hallan repartidas por la provincia, pero una de las más notables, la primera, hablando con más propiedad, tanto por su valor é importancia, como por el gusto que ha presidido en el decorado de todas sus dependencias.

Describir como hubiéramos deseado con verdad y con cuanta riqueza de colorido exigen ésta y otras bellezas de la comarca malagueña, no está en nuestras fuerzas, aunque sí en nuestros deseos,

y puede disculpárenos esta debilidad por aquella tierra cuyo suelo sirvió de sosten á nuestra cuna y cuyo cielo cubrió como dosel de finísimo encaje la casa donde nacimos.

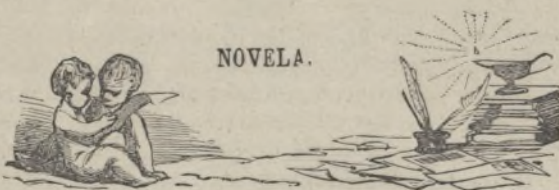
Pueden hallarse en el mundo, y desgraciadamente se hallan, muchos ejemplos de hombres ingratos á los beneficios de la amistad, indignos de los santos lazos de la familia, á la que abandonan ó olvidan; seres incapaces del cariño filial, monstruos que carecen del paternal amor; pero hay un sentimiento, mezcla de grandeza y de soberbia tal vez, sentimiento que no tratamos de analizar, pero al que responden todos los corazones: sentimiento que inspiró las grandes epopeyas de la independencia de los pueblos y que ni debilita el transcurso del tiempo, ni las leyes del progreso logran borrar: el amor á la patria.

Amor sublime, que engendra á los héroes y glorifica á las víctimas; sentimiento quizá egoísta, pero augusto, gigantesco, que arrastra á las generaciones á la realización de esos gloriosos poemas que registra la universal historia.

El amor patrio, que por fortuna no ha muerto en nosotros, ha guiado nuestra pluma al bosquejar la Hacienda de San José, consagrando de paso un recuerdo á Málaga, y al terminar el boceto, sirvanos de disculpa para con los lectores, ya que no otra cosa, el noble intento que nos ha movido y el fin que nos hemos propuesto.

Más merece, más pudiera decirse sobre el asunto, pero no con más cariño hácia el país en que nacimos. Entre nuestras afecciones más puras se hallan las que con aquella localidad están relacionadas; entre nuestros amigos merecen muy preferente lugar los que en Málaga tenemos; nuestros pensamientos, nuestro corazón se fijan y sienten con entrañable ternura en aquella sultana del Mediterráneo, perla de Andalucía y una de las más precias joyas de España.

E. DE LUSTONÓ.



NOVELA.

PASARSE DE LISTO.

XIII.

Confieso con la ingenuidad que me es característica, que he tenido tentaciones de pintar al Conde de Alhedín como á un seductor perverso, endemoniado y profundo en sus ardides y planes de guerra. De esta suerte, me decía yo, cuando iban ocurriendo estas cosas y yo mismo no estaba aún en el secreto, si doña Beatriz ha sido en efecto seducida, su caída tendrá cierta disculpa, y, si no lo ha sido, su triunfo será más glorioso y memorable.

No hay nada, sin embargo, que me repugne más que la mentira. Ni siquiera gusto de apelar á ella para escribir un cuento. Y como el Conde de Alhedín existe en realidad y yo le conozco y trato, se me hace cargo de conciencia presentarle diverso de lo que es, aunque sea envolviéndole en el velo del pseudónimo.

El Conde de Alhedín, dicho sea en honor de la verdad, no pasa de ser un buen muchacho, si hemos de juzgarle con el relajado criterio que en el mundo se usa.

El Conde de Alhedín dista tanto de ser un don Juan Tenorio, como dista el cielo de la tierra. Jamás ha empleado engaño ni violencia contra soltera ni casada.

Doy además por seguro que, si hacía exámen de conciencia, por muy severo y escrupuloso que fuese ántes de la época de nuestra historia, no llegaría jamás á persuadirse de que él hubiese seducido á mujer alguna.

Hallando fácil y abundante cosecha de laureles entre las seductoras y ya seducidas, no tuvo el Conde la mala idea de extraviar á ninguna cándida é inocente doncella, ó de turbar la santa paz de algún matrimonio modelo por lo bien avenido, ejemplar y amoroso.

Si en algunos casos reconocía el Conde que la

seducción había sido mutua, en los más, con notable consolación de su ánimo, y con no corto menoscabo de su vanidad, el Conde no veía en su propia persona sino á la que padece; esto es, á la verdaderamente seducida.

Ni una sola de sus conquistas había tenido hasta entónces asomos de carácter trágico. No se acusaba el Conde de haber arrancado de frente á alguna el luminoso nimbo de la santidad y de la pureza. No había mujer que hubiese descendido por él de un pedestal sagrado donde hubiera estado ántes sin que jamás la tocara el lodo de la tierra; sin que se empañase en lo más mínimo la nítida blancura de la cimbria de su vesta. O bien había sido el Conde uno de tantos, y no el primero en una serie más ó menos larga y variada, ó bien, si por dicha había sido el primero, el mismo diablo había allanado ántes los caminos tan suave y aviesamente, que harto se podía dar ya por perdido lo que había que perder, y al Condesito sólo le remordía la conciencia como al joven filósofo de la fábula, por haber cedido con fragilidad al capcioso argumento que estos versos expresan:

Tómelo por su vida, y considere
Que otro lo comerá si no lo quiere.

Cuando me paro á meditar acerca de la virtud en grado heroico se me ocurre un pensamiento que me apesadumbra bastante.

Verdad que hay aún, y seguirá habiendo de seguro, guerras civiles é internacionales, revoluciones violentas, pestes, enfermedades y otra multitud de plagas con que Dios quiere y puede probar y ejercitar nuestra paciencia. Verdad que todos estamos condenados á morir, y no es chico mal la muerte, sobre todo cuando se la contempla desde la cumbre de la vida, en el pleno goce de la mocedad y del brío sano de nuestra primavera; pero en circunstancias normales, en la vida burguesa, ordenada y política que hoy se vive, es difícil, cuando no imposible, que aparezca ó se dé en cualquier sujeto un caso de heroísmo, de sufrimiento extraordinario, de entereza sublime ó de otra virtud magna y pasmosa, sin que aparezca ó se dé, como motivo ú ocasión en otro sujeto ó en varios, un caso de vicio, de maldad ó de fiera, no menos fuera de todo término razonable. Para que haya un Régulo, es menester que haya cartagineses; para que haya un sabio que beba tranquilo la cicuta, es menester que haya jueces inicuos que por odio á sus discreciones y sabidurías le condenen á beberla; y para que haya mártires que se dejen desollar ó que se dejen asar á fuego lento en unas parrillas, es menester que haya tiranos tan empedernidos y atroces que los manden desollar ó asar, porque no se prestan á adorar los ídolos, ó por otra tontería por el estilo.

Ahora bien, no sé si por fortuna ó por desgracia, pero es lo cierto, que malvados y pícaros en grado tan superlativo y extremoso van siendo más raros cada día, y por consiguiente la áspera senda de la virtud se va allanando y macadamizando, sin que aquellos que tienen virtud en dicho grado logren casi nunca ocasión propicia para lucirla, viéndose obligados á conservarla en estado latente allí en el fondo de sus corazones.

No quiero, pues, alterar la verdad de mi historia é ir contra esta ley del progreso humano, convirtiéndolo en un monstruo al Conde de Alhedín. Atengámonos á la verdad.

El Condesito, según he declarado ya, era un excelente chico, ligero, amigo de divertirse, muy tentado de la risa, pero mejor que el pan.

Su madre, la Condesa viuda, le idolatraba y le había mimado siempre; pero los mimos, lejos de pervertir las buenas naturalezas, las hacen mejores y más dulces; convierten la hiel en almíbar.

Para el Condesito era fácil ser bueno. Nada envidiaba. Todo le sonreía. Ya hemos dicho que poseía quince mil duros de renta, que era de buena familia y que gozaba de perfecta salud. No había ejercicio corporal en que no brillase: gran jinete, certero tirador de pistola, ágil y diestro en la esgrima, y valsador airoso y gallardo. Sus chistes eran reídos, sus discreteos, celebrados. Todos le creían capaz de los negocios más serios, si llegaba algún día á emplear en ellos su tiempo y sus facultades.

Vivía el Conde con su madre, pero en un enorme caseron, donde gozaba de completa indepen-

dencia. Así es que recibía amigos y visitas de varias clases sin que su madre, ni por acaso, tuviese que tropezar con ellas ni darse por entendida de nada.

La Condesa, sin embargo, no ignoraba la vida frívola y harto disipada de su hijo. La Condesa ansiaba que la abandonase, que se casase ya, y que hecho todo un padre de familia, se mezclase en la política de su país y fuese un hombre de Estado.

La Condesa era una gran señora en toda la extensión de la palabra y muy al gusto antiguo. Estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta años, si bien conservando no pocos restos de su otro tiempo admirada hermosura. Se vestía con severa elegancia y notable sencillez. Era religiosa sin afectación ni fanatismo. Y no estaba muy en contra de esto que llaman el espíritu del siglo, aunque lamentaba que la aristocracia española careciese de espíritu de clase, y fuese, por lo tanto, incapaz de ser contada como un elemento político, por más que, considerados aisladamente, no valgan menos bastantes individuos de los que á ella pertenecen que muchos de aquellos que se encaraman á las más altas posiciones y mandan y gobiernan, partiendo desde los más humildes puntos de la esfera social.

Ni por esto andaba desavenida la Condesa con la época en que vivimos, porque percibía claramente que la invasión y encumbramiento de plebeyos astutos venía muy de atrás y no era cosa del día. La aristocracia, creía ella, que dormitaba siglos hacía en dorada servidumbre, y que, contenta ó resignada con vanas distinciones áulicas, dejaba el influjo y el mando á los Cisneros, los Perez y los Vazquez, habiendo sido España una democracia frágil, y ganando ahora con ser algo parecido á una mesocracia seglar.

La Condesa, al ménos, sin que nosotros salgamos responsables de sus juicios, se explicaba así, de un modo sintético, la historia de su patria. Resultaba de aquí, que, de puro aristocrática y por odio á la democracia antigua, casi era la Condesa liberal y progresista. Prefería al dominio de un valido prepotente, á quien el monarca sacaba de la nada, el mando de esto que llaman clases conservadoras, en las cuales entraba por algo la suya, aunque mezclada con el inestable recuerdo de la aristocracia de buena ley y con el furioso aluvion de injustificadas é improvisadas notabilidades.

En suma, y sea de ello lo que se quiera, la Condesa deseaba que su hijo no consumiese la mocedad toda en galanteos y diversiones, sino que se hiciese hombre formal y de pro, y añadiese á la nobleza heredada nuevo lustre y blasones con la adquirida por su talento y demas prendas personales.

Ya sabemos que el Conde había pasado el verano sin salir de Madrid. La Condesa no había salido tampoco.

Estamos en el mes de Octubre.

Casi todas las damas elegantes que habían ido á Biarritz, á Spa y á otros puntos, y que habían hecho una visita á París, estaban ya de vuelta de la expedición veraniega. Venían, como era natural, cargadas de galas y primores de Worth, de la Ferrière, de Alexandre y de otros artistas; galas que se disponían á lucir durante el invierno.

Entre estas damas expedicionarias y ya reinstaladas cerca de sus lares, se contaba la linda Adela, prima del Condesito. Era la bondad personificada sin frisar en tonta, y era además heredera única con esperanzas de ser más rica que su primo cuando heredase. La Condesa viuda quería casar con ella á su hijo.

Ya varias veces había procurado inducirle á que la pretendiera. Siempre había sido en balde.

Ahora, á los tres ó cuatro días de haber llegado Adela, la Condesa llamó una mañana á su hijo á su cuarto, entre once y media y una, ántes del almuerzo, y tuvo con él la siguiente importantísima conferencia.

XIV.

Después de los cariñosos saludos de costumbre y de un breve preámbulo sobre asuntos insignificantes, sentados madre é hijo en cómodos sillones y enfrente ella de él, la Condesa entró en materia de este modo:

— Bien conoces tú, Ricardo mío, que yo me he pasado contigo de indulgente. Así he perdido toda fuerza moral y apenas si me siento con autoridad y valor para darte un consejo.

— La bondad de V. para conmigo no puede ni debe disminuir el respeto y la veneración con que yo miro á V., madre mía, respondió Ricardo. No ya para aconsejarme, para mandarme tiene V. autoridad y debe tener valor. Yo obedeceré á V. si está en mi mano obedecerla.

— No pretendo que me obedezcas, sino que me escuches y que te dejes persuadir por mis razones. Es una lástima que pierdas tu tiempo como cualquier mozalbete casquivano, sin dedicarte á nada serio. Hasta cierta edad es perdonable ese modo de vivir; pero ya eres mayor y debieras servir á tu patria y mostrar que vales... ¿Por qué no te haces elegir diputado? ¿Por qué no te interrogas sobre tus propias opiniones, te forjas tu credo político, te trazas tu línea de conducta, y entras en la vida pública? ¿Vas á llegar á viejo,

En cínica é infame soltería,

como dijo quizás harto duramente el austero y satírico poeta, sin hacer más que cortejar á mujeres livianas? ¿Por qué no te casas con una mujer honrada, de tu clase, y te formas una familia?

A esta lluvia de preguntas contestó con mucho reposo el Condesito:

— Todas las excitaciones de V., querida madre, son tan buenas, que yo las seguiría sin vacilar, si de mí dependiera seguir las. Por desgracia, no depende esto de mí. Para ser diputado, importa proponerse algo con serlo, y yo nada me propongo. Usted misma lo declara: importa tener un credo político y trazarse una línea de conducta. Pero en balde me interrogo: yo no sé lo que quiero, ni lo que creo. Casi todos los partidos me parecen bien y me parecen mal. No sé á cuál afiliarme. ¿He de inventar yo un partido nuevo, cuando ya hay tantos? Además, que no es tan fácil inventar ese partido. Para su credo, apenas se me ocurre otro artículo de fe que aquella sentencia constitucional del año de 1812: que todos los españoles sean justos y benéficos. Lo demás me es indiferente. Yo amo la libertad como un medio, y el progreso como un fin; pero las amo de una manera vaga y encumbrada y comprensiva, que se presta en la práctica á mil interpretaciones. Así es que por un lado me amoldaría á casi todos los partidos medios, aceptando sus principios, y por otro lado sería rebelde ó indisciplinado en todos los partidos, porque sus prohombres no me satisfacen. En resolución, yo noto que me falta vocación para la política. Soy más á propósito para la contemplación que para la acción. Créame V., yo lo haría detestablemente; me desluciría si me metiese á repúblico. ¿Por qué hemos de ser todos actores en tan pesado drama, que dura siempre sin que se llegue jamás al desenlace? ¿No basta que esté uno condenado á ser espectador? Mire V., madre, yo me canso de asistir á ese drama que no termina nunca, que siempre es lo mismo, donde hay enredos sobre enredos, cambios de decoraciones y entrada y salida de personas que casi todas lo hacen mal, y en cuyo argumento no hay principio ni fin, ni término, ni pensamiento. Imagine V., pues, si me canso de ser mero espectador, y mero espectador poco atento y distraído, cuánto me cansaría si reclamase también un papel y tratase de representarle. Desengáñese V., la política es un oficio fastidioso, que sólo deben ejercer los que no tienen dinero, ni posición, y necesitan adquirírselos ejerciéndole; pero yo, que tengo mi caudal, puedo y debo ser más útil á mi patria y á mí mismo, cuidando ese caudal, mejorándole y aumentando así la riqueza pública, que no añadiendo un individuo más al número ya desmedido de los que se disputan las carteras, las plenipotencias y las direcciones generales. Soy tan escéptico, que no atino á creer en las creencias de los otros. Se me figura que los más consecuentes suelen ser los menos sinceros; que son consecuentes á fuerza de ser testarudos. Adoptan una opinión, como pudieran haber adoptado otra, sin fe ni caridad, y ya la siguen siempre, para que se diga que hacen bien su papel, y porque al fin es más fácil representar un papel que diga siempre lo mismo, sean las que sean las circunstancias, que no otro papel donde se digan muchas y diversas cosas, según importe

quizás en cada momento, no sólo al bien particular ó singular, sino al bien público. Con esta reflexión me siento inclinado á perdonar las apostasías; pero como mi espíritu es una perpétua contradicción, reflexiono en seguida otra cosa y condeno duramente á los apóstatas y volubles. Los sospecho de interesados y de tunantes. Recelo que no cambian de buena fe, sino porque quieren estar siempre encima y hacer su agosto. En fin ¿para qué hablar más? Soy incapaz para la política. Más fácil me sería echarme á filósofo, á naturalista ó á poeta. ¿No es mejor, sin embargo, que cuide de mi hacienda en santa paz, y procure ser un buen ciudadano, un miembro útil y activo del cuerpo social, y un caballero agradable y entretenido? Ahora que apenas hay majadero ó galopin que no se meta á sabio, ó á gobernador del pueblo, ó á personaje importante; ahora que todos los hombres se pasan la vida echando discursos en las sociedades científicas, en los clubs, en las asambleas y en otros focos de luz, ¿no es conveniente que haya algunos que se vayan á los salones para que las pobres mujeres no se queden solas, sin nadie que les hable y las entretenga un poco? Ya ve V. si tengo razón en seguir apartado de la política. En cuanto al otro consejo capital de V., nada tengo que objetar. En efecto, debo casarme; pero yo no quiero casarme por casarme. Para contraer esa temerosa unión, que sólo la muerte rompe, quiero hallar una mujer en quien confíe y á quien ame, y cuyo espíritu se abra al mío y me muestre que puede estar en duradera, firme, santa é íntima comunión con él. Deje usted que halle esa mujer, y al punto me verá casado.

— Perdona que te diga, Ricardo, replicó la Condesa, que todo cuanto estás diciendo es un cúmulo de sofisterías y de extravagancias. Si doy por cierto, y no lo doy por cierto, que la política es sólo un medio de medrar en la mayoría de cuantos á ella se dedican, culparé más aún á los egoístas que no quieren intervenir en la política porque ya están medrados. Todavía se debe presumir que el que busca materialmente su medro personal, busca también el aplauso, la gloria, y se siente movido por el deseo de hacer el bien de todos, que al cabo no es incompatible con el bien singular suyo; pero del perezoso, del frío de corazón, del descreído, que por no molestarse y porque no necesita medro porque ya le tiene, no interviene en nada, y no sabe más que censurarlo todo, y señala mil males y no pone remedio á uno sólo, de éste, digo, no hay alma, por generosa y benévola que sea, que se preste á suponer nada bueno. Este último es peor y más ruin que el más interesado busca-vida de los políticos activos. Buscándose, trabaja al fin, y sirve de algo, y tal vez hace el bien general ó procura hacerlo, á costa de fatigas y peligros, cuando procura asimismo, como es lícito y natural, su propio encumbramiento y provecho. ¿Qué héroe antiguo, qué guerrero, qué gran político, de los que ensalsa la historia, ha sido tan absurdamente desinteresado, como sería menester serlo para estar libre de tus invectivas? Esto en cuanto á la política. En cuanto á tu casamiento, no debo negarte que tienes razón en desear para mujer propia una que tenga las prendas de que me hablas; pero, ¿por qué no la buscas? ¿Ha de pasar ella casualmente delante de tus ojos? ¿Ha de abrir su espíritu al tuyo y ha de mostrarte que merece entrar en íntima comunión con él, sin que te tomes siquiera el trabajo de llamar á la puerta? ¿Vas á buscar acaso ese tesoro que necesitas entre las aventureras, entre las damas galantes, entre las malcasadas á quienes enamoras?

— Madre, yo no enamoro ni pretendo ahora á ninguna aventurera, á ninguna dama galante, á ninguna mal casada. Si tiene V. noticias tales, está V. mal informada.

— Pues entonces, ¿por qué no te dedicas á tu prima Adela? Se diría que el cielo la destina para tí. ¡Es tan buena, es tan discreta, en medio de su inocencia! Y hablando en confianza... la creo muy propensa á prendarse de tí. Estoy segura de que te adoraría.

— El amor de madre acaso ciegue á V.; pero, aunque ella propendiese á amarme, ¿cómo he de mandar yo á mi corazón que la ame? No la amo, y sin amor no me casaré con mujer alguna.

—Tú amas, lo sé, á la que no puede ser tu mujer, porque lo es de otro; dijo al fin la Condesa, no pudiendo sufrir más las rebeldías de su hijo.

—Ya he dicho á V. que no amo ahora á ninguna mujer casada.

—Me han dicho que estás en relaciones con la mujer de un empleadillo en Hacienda, con una aventurera que va á casa de la Condesa de San Teóculo.

—Madre, los que tal han dicho mienten. Ni yo estoy en relaciones con esa mujer, ni esa mujer es una aventurera. Caro le costaría á cualquier hombre que se atreviese á calificarla de tal en mi presencia.

—Tú mismo te delatas. Esa vehemencia con que la defiendes me prueba más aún que la amas. Tal vez esa mujer te ha hechizado. La cosa es peor de lo que yo presumía. No es un capricho, es una verdadera pasión.

—Si la estimación y la amistad son pasiones, estoy apasionado de ella, lo confieso. Por lo mismo, madre mía, suplico á V. que desmienta mis relaciones amorosas con esa mujer, y que no contribuya á disfamirla y á hacer acaso la infelicidad de su marido, que es un hombre excelente. Si el infeliz llegase á saber lo que tan á pesar mío, y tan sin fundamento, dice de nosotros la maledicencia, se moriría de dolor. ¡No lo permita nunca el cielo!

La Condesa no se atrevió á continuar la conversacion, al ver lo exaltado que su hijo se ponía, y la vehemencia con que hablaba en pro de doña Beatriz.

Allá en el fondo de su alma la Condesa se aflijó mucho, imaginando que su hijo no tenía unas relaciones vulgares, un pasatiempo inmoral, pero sin consecuencias, sino una pasión vivísima. Pensó además que la ocasión era menos favorable que nunca para inducir á su hijo á que se dedicase á la política y á su prima Adela; y, muy contrariada, dió otro giro á la conversacion, esperando mejores días.

J. VALERA.

BIBLIOGRAFIA.

DE LAS TRICHINAS Y DE LA TRICHINOSIS, EN ESPAÑA, por D. Antonio Suarez y Rodriguez, Dr. en Medicina y Dr. en Ciencias. Valencia, 1877.—M. ALUMBE, 1 foll. en 4.º de 104 páginas.

A fines del año último era teatro el pueblo de Villar del Arzobispo, en la provincia de Valencia, de un suceso que, empezando por alegre sainete, terminaba en espantosa tragedia. Con el aparato, jolgorio y expansion que en casos tales se usa en aquel país, se hacía la matanza de un corpulento cerdo de quince arrobas de peso. A los pocos días empezaban á aparecer síntomas de enfermedad parecida á envenenamiento, tan sólo por la circunstancia de mostrarse atacados de ella todos los que de la matanza fresca habían comido. Al mes empezaban los desenlaces funestos de esa enfermedad, y en suma, de veinte y ocho atacados, habían fallecido seis á las pocas semanas, y quedaban muchos enfermos de más ó menos gravedad.

Esa enfermedad terrible, que aún en España no ha llegado á ocupar la atención pública, siquiera algunos hombres de ciencia lo hayan procurado con ahínco, es la *trichinosis*, enfermedad tanto más de temer cuanto que es difícil de conocer, y que sus efectos se confunden con los de otras varias menos graves. Y sin embargo, la *trichinosis*, según los datos, conocimientos y averiguaciones, antiguos y modernos, existe desde que hay mamíferos en el mundo. No á otra cosa se atribuye la prohibición que las leyes de Moisés imponían al pueblo hebreo de alimentarse con carnes de cerdo, camello, liebre y conejo; y Moisés halló establecida desde tan antiguo entre los hebreos la distinción de animales, propios é impropios, para la alimentación, que no ha sido fácil asignar la época determinada de origen. En cambio, bien evidentes son hoy sus estragos en todo el mundo; y así en Alemania como en Inglaterra; tanto en Europa como en América, especialmente en los Estados-Unidos, han preocupado grandemente la atención del público y de los gobiernos, y en más ó menos extensión, en todas partes se han adoptado medidas vigorosas para combatir la antigua, pero siempre desconocida plaga.

El suceso que mencionamos causó honda sensación en Valencia; la prensa de la capital se ocupó con interés y detenimiento; las autoridades locales, las subdelegaciones de sanidad, los médicos y otras muchas personas se dedicaron á prevenir la extensión del mal, ya convertido en epidemia, á estudiarlo, á difundir el temor á sus estragos.

El CAMPO publicó en su número del 15 de Mayo último un pequeño artículo relativo á este asunto, llamando al atención sobre los supuestos envenenamientos, dando algunas noticias sobre la trichina, y manifestando la esperanza de que publicaciones más competentes concediesen al caso la consideración y examen que merece, y en que está interesada la salud general.

Por la misma época dábale á la estampa el folleto que es objeto de estas líneas. Su autor es uno de esos hombres

que nacen con el amor á la ciencia, ese amor con *buen fin*, platónico, que sólo sinsabores y trabajos suele reportar al que lo siente. Doctor en ciencias, matemáticas y doctor en Medicina, doctor pudiera titularse también en esa ciencia de la observación y rectitud de juicio, tan escasamente poseídas, y pocas personas más idóneas para llevar á buen término la misión de que espontáneamente se encargó en la ocasión en que tan alborotados se encontraban los ánimos de Valencia con motivo de la terrible é inexplicable catástrofe de Villar del Arzobispo.

El público anhelaba y se interesaba por saber la verdad de lo acaecido, como asunto que tan íntimamente afectaba á su salud y existencia, y á los esfuerzos que desde las esferas oficiales se hicieron para satisfacer tan justo anhelo, unió el Sr. Suarez, con provechoso éxito, su valioso concurso, vulgarizando, como en su folleto lo hace, el conocimiento de una enfermedad que, hasta hace poco, se creía peculiar de Alemania, pero que es y ha sido en todos tiempos universal, el de ese parásito microscópico que, invadiendo los músculos del cerdo, convierte en un tósigo de seguros efectos su carne toda, y que hoy aún sigue siendo conocido tan sólo de la clase médica de los naturalistas, veterinarios y demás hombres de ciencia.

El CAMPO debe señalar á la atención de sus ilustrados lectores, de una manera especial, la importancia del trabajo del Sr. Suarez, que no sólo interesa al público en general sino en particular á cierta clase de ganaderos y de comerciantes en esa carne de cerdo, que constituye una de las ramas más importantes de toda explotación rural.

El libro, pues tal es más que un folleto, está dividido en dos partes, dedicada la primera á las *trichinas*, y á la *trichinosis* la segunda, con un gran número de interesantes notas, que, separadas también en dos partes á éstas relativas, van al final.

La primera es un detenido estudio histórico, fisiológico, científico y práctico del parásito.

La segunda se ocupa de la enfermedad en general, y en particular de la epidemia del pueblo del Villar, que examina y detalla con todo el conocimiento, minuciosidad y lucidez que puede hacerlo un hombre de ciencia que expone un caso arduo, así al juicio de los iniciados como á la inteligencia de los profanos.

De este modo no hay persona que en el folleto de que hablamos no pueda encontrar muchos y muy útiles conocimientos en una materia que, estando aún muy descuidada, por desgracia, entre nosotros, necesita que la iniciativa y el celo individual suplan, por la cuenta que les tiene, la apática idiosincrasia del ente autoridad, que sólo suele despertar de su letargo cuando menos falta hace.

No terminaremos sin transcribir algunas líneas del folleto del Sr. Suarez, del que muy gustosos copiaríamos capítulos enteros si nos fuese posible. Son algunos datos sobre las epidemias de *trichinosis*:

«Al finalizar el primer tercio de este siglo (1832) — dice el Dr. Suarez — fué cuando el célebre anatómico inglés J. Hilton descubrió en Londres las *trichinas* y las confundió con los *cysticercos*; posteriormente las comprobó el naturalista inglés Owen, ó mejor dicho, dió este naturalista el nombre de *trichina spiralis* á un helminto del orden nematoideo, que debe ser tan antiguo como el mundo, según he asentado en la primera parte de estos apuntes.

«Desde aquella época comenzaron á reconocerse *casos y epidemias* de la enfermedad de las *trichinas*, *trichinosis*, y también es lo probable que otros y otras, diagnosticados anteriormente de distinta manera, tuvieran, sin embargo, la misma causa, fueran asimismo epidemias y casos debidos á las *trichinas*.

«Sea de esto lo que fuere, el hecho es que en aquel mismo año, y en el siguiente de 1834, se observaron ya en Inglaterra algunos casos de *trichinosis*, y muy luego por la Europa como por el Asia, por la América del Norte como por la del Sur, se presentaron casos más ó menos numerosos de tan fatal enfermedad. Por los años de 1845 y 48 hubo en Alemania dos epidemias denominadas *trichinas*, si no perfecta y claramente diagnosticadas, al menos así indicadas por Langenbeck y Virchow, la primera; por Wagner, la segunda.

«En el año de 1855 se presentó otra epidemia marcada y caracterizada de *trichinosis*; tuvo lugar en Celle (Hannover), fué descrita por el Dr. W. Baring; si bien (él mismo lo confiesa), diagnosticó y trató á sus enfermos como casos de *edema erisipelatoso* de la cara con dolores reumáticos.

«En Magdebourg hubo durante cinco veranos consecutivos, desde 1858 á 62, una epidemia de carácter extraño y desconocido á los médicos del país; pero muy luego fué reconocida como *trichinosis* por un médico de San Petersburgo, que había visto y estudiado esta afección como en otros condados de Alemania.

«Del 1859 al 62 reinó también, según el Dr. Rupprecht, otra epidemia en Blankenburg análoga á la de Magdebourg, y desde entonces vienen sucediéndose las epidemias de *trichinas* con gran rapidez, así como los casos de *trichinosis* más ó menos aislados.

«En el citado año de 1862 se declaró una epidemia en Planen, descrita por el Dr. Böhrer. De entre los enfermos graves fué notable (por lo que diré despues) uno que con *derrame pleurítico* falleció despues de dos meses y medio de estancia en el hospital.

«En 1864 publicó el Dr. H. Kestner, en París, una excelente Memoria titulada *Estudios sobre la trichina spiralis*, y describe, entre otras, la epidemia que apareció en Octubre de 1863 en Hettstadt, cerca de Eisleben (Prusia). En el espacio de seis meses fueron invadidas ciento cincuenta personas en una población de cuatro mil almas, y fallecieron veinte y ocho (como 19 por 100); la mayor parte de los enfermos afectaron forma *tifoidea* ó de *neumonía*. Esta epidemia, dice Kestner, se presentó como *colerina*.

«A la anterior sobreviene otra epidemia de *trichinas* de Mansfield, donde parece que permanece constantemente.

«En los tres últimos meses del año 1865 hubo una gran epidemia, como de *cólera*, en Hebersleben (Magdebourg) con más de doscientos enfermos; fué notable el que de

unos cien niños atacados, casi ninguno muriera, y los otros enfermos casi todos fallecieron.

«En 1868 se presentó también otra epidemia de *trichinas* en Meschade (Westphalia); la mayor parte de los atacados murió.

«La última epidemia de que tengo noticias tuvo lugar en Alemania en 1874. En Cassel se han encontrado en un año veinte cerdos *trichinados* en el matadero público, y veinte y cinco en sus alrededores.

«En suma, los periódicos en general y las revistas médicas en particular, y las actas de las academias de ciencias de Medicina y de Veterinaria de Inglaterra, Francia, Alemania y otros países, refieren con bastante frecuencia casos y epidemias de *trichinas* que no cesan por do quiera de presentarse.

«La *trichinosis* no es tan poco común como se cree generalmente. «Su pretendida rareza proviene de que la atención del médico no se dirige siempre hacia este nematoideo, y de que es bastante difícil descubrirlo.» En 136 autopsias hechas en un hospital, encontráronse, con el auxilio por de contado del microscopio, cuatro cadáveres con *trichinas*; relación que equivale al 3 por 100 próximamente.

«En España, que yo sepa, nunca se han diagnosticado epidemias ni aun casos aislados de *trichinosis*. Casos sospechosos sí que se refieren por algunos pueblos.

«En el mismo Villar del Arzobispo aconteció, bien recientemente, en 1875, una pequeña epidemia, que pudo ser de *trichinosis*, según los detalles que me ha suministrado el médico titular de la población, D. Vicente Avila, antiguo y distinguido discípulo mío, y otras varias personas de la población: detalles que narraré en la nota núm. 2.

«Hasta finalizar el año último de 1876, primero del último cuarto de este siglo, no se ha presentado en España epidemia bien marcada y diagnosticada de *trichinosis*.

«La provincia de Valencia ha tenido el triste privilegio de ser la primera en que se haya observado y diagnosticado epidemia de *trichinas*, en Villar del Arzobispo, pueblo bastante elevado sobre el nivel del mar, del que dista unos cincuenta kilómetros, y separado tan sólo como un kilómetro de una cordillera situada al O., tan higiénico por la excelente posición que ocupa y circunstancias que le rodean, como por antihigiénico por su caserío...»

F. B. N.

LA CAZA Á CABALLO.

Ya en otras ocasiones nos hemos ocupado de esta clase de cacerías tan generalizadas en España, donde sólo la Sociedad de Caza posee buenos ejemplares del *chien-curren* para perseguir los bichos, según se acostumbra más generalmente en el resto de Europa.

Entre nosotros la caza á caballo tiene muchos partidarios; la dominación árabe nos dejó entre otros recuerdos una afición decidida por el noble bruto que describió Virgilio y que ponderó en preciosos versos Pablo de Céspedes; así es que se utiliza para correr liebres, para perseguir al jabalí, como suele hacerse en el coto de Doña Ana, y en la caza de ronda ó á la *serena*, y para otras muchas expediciones.

La caza á caballo suele ofrecer amenos y variados episodios, y algunos de ellos ha reproducido el chispeante lápiz del Sr. de los Arcos en la preciosa lámina á que acompañan estas líneas.

Nada más pintoresco que los primeros momentos de la marcha; llenan el aire los gritos de los cazadores y los agrestes sonos de los instrumentos que animan la partida; galopan animosos los corceles suelta sobre el cuello la opresora brida, y excitados por la espuela como en reñida carrera, y ofrece el grupo el más pintoresco y animado aspecto.

En este género de cacería suelen tomar parte muchas veces las damas, y ellas, tímidas y medrosas al principio, son, cuando la excitación ha conmovido sus delicados nervios, las más intrépidas y las más animosas: siempre el peligro las alienta.

No se puede, sin ser un consumado jinete, tomar parte en estas expediciones, pues tan pronto hay que contener al caballo al descender por rápido declive, como hay que animarle al subir pendiente cuesta; no siendo maravilla que haya que repetir con frecuencia ejercicios dignos de un circo ecuestre, salvando zanjás y barrancos.

Arriba unas veces, otras abajo, muchas en el aire, donde quiera se encuentran imágenes de la vida.

¡Pues no es nada cuando se corre tranquilamente por la llanura, y de pronto surge como juguete de magia algún grupo de árboles! ¡Dichosos arbolitos! Sus punzantes ramas parece que quieren trazar un mapa en el rostro del cazador, que por mucho que se defiende sale de entre ellos como si hubiese sostenido riñas con suegras.

Bien es verdad que el cazador no debe tener por su rostro tanto cuidado como aquellos jóvenes y



perfumados patricios que formaban las huestes de Pompeyo y que prefirieron la huida á recibir en la cara las heridas de los muchos legionarios de César, pérfidamente aconsejados por su jefe.

El cazador como el guerrero debe seguir siempre adelante. ¿Que hay una zanja? Se salta *como se debe*; que si se hace lo contrario, es fácil apearse por las orejas.

Algunos *prudentes* se bajan del caballo al encontrar un obstáculo, y cogen al bruto de la rienda; es indudablemente lo mejor para no caerse, y lo aconseja la prudencia. ¡La prudencia! Hé aquí el disfraz con que se ocultan muchas veces el temor y la cobardía.

Es una gran virtud; pero no se llega por ella al camino de la heroicidad, ni tampoco á la nada envidiable situacion de inválido.

Terminada la cacería, suenan los animados aires del *halali*, recibe el fiel perro su digno premio, y distraído el espíritu si fatigado el cuerpo, el cazador se dirige con lento paso á la casa.

Allí espera la refrigerante llama del hogar, la conversacion animada, la sabrosa cena, la legendaria narracion de cinegéticas aventuras, y luego tranquilo y confortable sueño.

Se habla mucho del sueño reposado del justo; el que más se le parece es indudablemente el del cazador. La carrera de por el día ha ahuyentado los cuidados y ha fatigado el cuerpo.

Mens sana in corpore sano, dice el aforismo médico, y el cuerpo sólo se conserva sano cuando se dejan de cuando en cuando por la caza la molición de la ciudad, y la agitacion de los negocios.

La fatiga es uno de los mejores narcóticos.

P. G. A.

FIESTAS REALES.

La voz pública y la prensa periódica hace días que repite sin cesar que el Ayuntamiento de Madrid trata de solemnizar con notables y variados festejos el próximo enlace de S. M. el Rey D. Alfonso XII con S. A. R. la Serma. Señora infanta doña María de las Mercedes de Orleans y Borbon, su augusta prima. Y en verdad que pocas ocasiones han de presentarse á la Municipalidad en que pueda dar muestra y ser intérprete de los sentimientos de la nacion, y más especialmente del pueblo de Madrid, de donde son naturales los consortes. Las prendas que adornan al Rey y á la Infanta; los beneficios que ya España debe á su pacificador, y los muchos más que se promete de su tacto y prudencia y de la buena estrella que preside todos sus actos; la bondad, belleza y severidad de costumbres que caracterizan á la futura Reina; el cariño, que no la razon de Estado, que á ambos lleva al matrimonio, presagios son seguros de la continuacion feliz de un reinado que ya comenzó bajo buenos auspicios, y de que tanto há menester esta nacion, para que bajo su sombra se desarrollen los elementos de riqueza y prosperidad que en sí encierra.

Por eso, nunca como ahora parecerá conveniente que entre las fiestas con que la heroica villa de Madrid ha de celebrar tan fausto suceso, tengan lugar corridas Reales de toros con todos los detalles y circunstancias de ostentacion y grandeza que el espectáculo requiere, y con que se han realizado en ocasiones semejantes.

Bien está que ante todo y en primer lugar se tienda una mano al menesteroso y desvalido; plausible que no se olvide al anciano ni al huérfano; que se socorra á aquéllos y se atienda á éstos; que se repartan bonos de alimentos y se establezcan y creen dotes y capitales para que en su día recuerden la doncella y el jóven el feliz acontecimiento que Madrid va á presenciarse; pero despues de atendidas y satisfechas esas necesidades, justo es dar al público ocasion de regocijo con el mayor esplendor de una fiesta que, más que otra alguna, es agradable á los españoles, y que en la forma que debe realizarse, no tiene rival en el mundo. Así es que no sólo concurrirá el mayor número posible de habitantes de Madrid, si que tambien habrá de afluir á la Corte, con tal noticia, gente de las más apartadas provincias y mucha de otras naciones.

Por eso no parecerá extraño que EL CAMPO haga conocer á sus lectores las fechas y las ocasiones en que Madrid, aún antes de ser Corte, mandó celebrar funciones Reales de toros, que siempre fueron dis-

tintas y diversas de las comunes y ordinarias, ya por el motivo que las determinó, ya por las personas que en ellas tomaron parte, ya por el lujo, la ostentacion y la forma con que se llevaron á cabo. Y aunque por el nombre de Reales parece que su celebracion habia de estar relacionada con las personas de los Reyes, no siempre sucedió así, que alguna vez fué muestra de alegría y satisfaccion por hechos de otra naturaleza. Buena prueba es de ello las dos corridas que en la Plaza Mayor y en el mes de Noviembre de 1638 sirvieron para solemnizar la entrada en Madrid del almirante de Castilla D. Juan Alonso Enriquez de Cabrera, vencedor de los franceses en Fuenterrabía.

Sin entrar ahora, por no ser del caso, en el origen de las fiestas de toros; dejando á los eruditos investigar si los romanos, que á su vez las tomaron de los griegos, las introdujeron en España, y aquí se aclimataron como en tierra propia; no oponiéndonos á los que las hacen derivar de los árabes, que bien pudieron copiarlas de los romanos, ni contrariando á Erro, que fundado en un documento celtibero, las juzga anteriores en España á la venida de éstos, ello es lo cierto que ya en el siglo XIII puede considerarse como espectáculo público, segun se ve en el Fuero de Zamora y en varias leyes de la 1.^a Partida, y que en el XV D. Pedro Niño asegura en su crónica que se construyó plaza en Sevilla á la entrada del rey Enrique IV. Aunque desde que se corrieron toros en funcion Real por primera vez en Madrid, que fué en 1418, existía plaza para las funciones ordinarias, primero en lo que hoy es palacio de Villahermosa, despues en la plaza de Anton Martin, más tarde en el Soto de Luzon, y últimamente, desde 1749, en las afueras de la Puerta de Alcalá, plaza que todos hemos conocido, nunca en ellas se han celebrado corridas Reales de toros, pues siempre, como inmediatamente se verá, se ha construido palenque á propósito, hasta que, concluida la Plaza Mayor, se consideró aquel lugar más á propósito que otro alguno. Desde 1620, en que se dieron por terminadas las obras de la Plaza Mayor, solamente allí se han hecho las funciones Reales de toros, sin excepcion, pues no puede calificarse de tal el que despues de aquella época se hayan celebrado en el Real sitio del Buen Retiro, porque este local, sobre reunir las mismas condiciones de amplitud y cabida que la Plaza Mayor, tenía la ventaja para la familia Real de gozar del espectáculo desde los balcones de su propio Palacio. Concretándose las noticias y datos que se van á exponer solamente á la villa de Madrid, no se describirán las fiestas Reales que desde principios del siglo XI se han celebrado en España, y por tanto, nada se dirá de las efectuadas en Saldaña, con motivo de la boda de Alfonso VII con la hija del Conde de Barcelona, doña Berenguela, ni de las que tuvieron lugar en Leon al casarse doña Urraca, hija de Alfonso VIII, con Don Garcia de Navarra; ni de las que refiere el Padre Anvi en su *Historia de Avila*. La primera fiesta Real de toros celebrada en Madrid de que se tiene noticia, es la ya citada de 1418, á cuyo efecto el Regimiento y Concejo de la villa construyó la plaza entre las puertas de Segovia y de la Vega; la funcion se realizó el 20 de Octubre, y el motivo fué la entrada en Madrid del rey D. Juan II, que tomó parte en la corrida, como igualmente en la que al siguiente año, y al ser declarado mayor de edad, se efectuó en el Campo del Rey, sitio que hoy ocupan las Reales Caballerizas. Acompañaron al Rey en esta última funcion el Conde de Benavente y el Condestable D. Alvaro de Luna. En el mismo sitio, en el Campo del Rey, se jugaron toros en funcion Real en los meses de Enero y Marzo de 1462, al nacer y ser jurada princesa Doña Juana. Al siguiente año, y con motivo de la llegada de un Embajador, hubo en Madrid corrida Real de toros, que se efectuó en el Campo del Moro.

A pesar de la repugnancia que la Reina Católica mostró siempre á este espectáculo, se celebraron en su reinado funciones Reales de toros, y ella misma, en union de su marido D. Fernando, autorizó con su presencia las que tuvieron lugar en la plaza de San Andres.

En 1528, y con motivo de la jura del Príncipe D. Felipe, se celebró funcion Real de toros en la plaza que se construyó en el Campo del Moro; la fiesta fué el 20 de Abril, y el Emperador, que ya en el nacimiento de su hijo dió en Vallado-

lid muestra de su valor y arrojo, y de que era tan notable en la jineta como en la brida, dando muerte á un toro de sólo un rejonazo, tambien tomó parte en esta corrida quebrando varios rejonos.

Durante el reinado de Felipe II fueron varias las veces que se corrieron toros en funcion Real, siendo las más famosas las celebradas el 12 de Noviembre de 1584, para solemnizar la jura del Príncipe que fué luego Felipe III. Ya reinando éste, en 1598, y por la entrada en Madrid de su mujer doña Margarita, hubo corridas Reales los días 27 y 28 de Noviembre, como así tambien el 17 de Enero de 1608 al jurarse Príncipe de Asturias el Infante D. Felipe. Para todas estas funciones se construyó la plaza cerca del Real Alcázar.

Terminada en 1620, como ántes se ha dicho, la Plaza Mayor, construido balcón á propósito en la Panadería, puesta tasa á los demas de las casas y constituida la servidumbre de los mismos que aún subsiste, en aquel extenso palenque, donde podian colocarse más de cuarenta mil personas, fué donde se hicieron constantemente y hasta nuestros días las fiestas Reales, bien fueran de toros, bien de cañas. Y por cierto que fueron famosas las que de una y otra clase se celebraron para festejar al Príncipe de Gales que vino á Madrid en 1623, con el fin que á todos consta. El 1.^o de Junio y el 21 de Agosto serán fechas memorables en los anales de estas fiestas, porque ademas de repetirse el hecho de tomar el Rey parte en la funcion, se desplegó por él y por los demas señores que á la plaza salieron un lujo y magnificencia, que no pudieron ménos de admirar al extranjero Príncipe. Más de trescientos caballos se presentaron llevados de mano por los palafreros de la Real Casa, y fueron innumerables los criados y acompañamiento que servian á las diez cuadrillas, á cuyo frente iban el Rey, el Almirante de Castilla, los Duques de Cea y de Sessa, los Marqueses del Carpio, Villafranca y Castel-Rodrigo, y los Condes de Oropesa y de Monterey. Formaban parte de estas cuadrillas lo más granado de la nobleza española, que tan diestra era por aquella época en toda clase de manejos ecuestres, y muy principalmente en los de la jineta; y se distinguieron mucho, entre otros varios señores, el Marqués de Velvela y el Conde de Cantillana, que ya en diversas ocasiones habian demostrado su pericia en esto de jugar las cañas y correr los toros, ya con la varilla, ya quebrando rejonos.

En los años sucesivos, quizá no trascurrió alguno en que no se celebrasen corridas Reales de toros; el mayor número en la Plaza Mayor, y varias en la que se construyó en el Real Sitio del buen Retiro, y pueden citarse como notables las del 21 de Noviembre y 12 de Diciembre de 1629 al nacer el Príncipe D. Baltasar Carlos, las de Marzo de 1632 al jurarse al mismo como Príncipe de Asturias, y las citadas ya á la entrada de Madrid del Almirante de Castilla en 1638.

Las que con motivo del cumpleaños de la Reina, mujer de Carlos II, se celebraron en la Plaza Mayor en 1680, fueron de las más notables y lujosas que en aquel sitio se han efectuado. Distinguiéronse en ellas el Marqués de Camarasa, el Conde de Rivadavia, el Caballero de Calatrava Zea, y sobre todos, el Duque de Medina Sidonia, que no sólo fué el más hábil matando varios toros de un sólo rejonazo, sino que se presentó con un aparato y ostentacion que demostraba bien claramente la opulencia de su casa y Estados. Estas fiestas reunen ademas la circunstancia de ser, si no las últimas, una de las últimas en que la nobleza hacia público alarde de su bizzaría y destreza en el manejo de los caballos, que tan útil era como preciso ensayo para los lances de la guerra. El advenimiento al trono de España de una dinastía extranjera, los nuevos usos y costumbres que se introdujeron, la diversa organizacion que se dió á los ejércitos, y la poca afición que el nuevo Rey mostró por los espectáculos de toros, fueron parte á que las clases elevadas abandonasen la lidia de reses bravas, que desde entónces pasó á ser oficio mercenario, y varió completamente de forma. No se mencionan, por tanto, corridas Reales de toros ni en el reinado de Felipe V, ni en el de su sucesor Fernando VI. Mas cuando el hermano de éste, el gran Carlos III, dejó el trono de Nápoles por el

de España, quiso, al llegar á Madrid, mostrarse español, y aunque nunca fué aficionado á las lides taurinas, ordenólas celebrar con el carácter de Reales, y así se efectuaron en la Plaza Mayor en Diciembre de 1760. Desde entonces data el orden y ritualidad con que se llevan á cabo actualmente, sin más que alguna que otra diferencia. El abandono en que por espacio de cerca de medio siglo habia caído el uso de la jineta, la mayor importancia adquirida por la brida, y los motivos ántes apuntados, determinaron el que ya no pudiesen ser individuos de la aristocracia los que hubiesen de practicar la suerte del rejón, ni que el lance se jugara de igual manera que en el siglo anterior. Por otra parte, la gente que ya habia hecho del torear una profesion, adelantaba en su oficio y dirigia el gusto del público con las nuevas suertes inventadas por un camino distinto del hasta allí seguido. Los varilargueros reemplazaron á los del garrochon, y los peones, que por su calidad y por la casi ninguna intervencion que tenian en las anteriores fiestas, no hacian papel alguno, ya habian adquirido importancia que todos reconocian al verles clavar arponcillos, y más que nada al contemplarlos dar muerte á las fieras armados de estoque y muleta. Ya entonces era famoso el arrojado Juan Romero, de Ronda, de quien en la oda á su hijo Pedro, decia D. Nicolás Moratin:

Tu anciano padre, el gladiador ibero
Que á Grecia España opone
Con la silvestre oliva coronado.

Pero si bien la forma de las funciones Reales de toros varió, siempre se conservó la intervencion en ellas de la aristocracia, prestando al Rey el servicio de apadrinar en su nombre á los caballeros que habian de rejonear los toros. No era nuevo el padrino en estas lides; siempre los nuevos toreadores, cuando por primera vez trataban de hacer pública su destreza y habilidad, se presentaban bajo el amparo y proteccion del que ya con repetición habia acreditado su pericia en otras ocasiones, y esto fué lo que ahora se practicó colocando el Rey á los caballeros que tenía á bien designar, entre los que habian solicitado tal honor, bajo la proteccion de los Grandes que gustosos han acudido siempre al llamamiento del Monarca, facilitando sus carruajes y trenes y acompañando á los caballeros al hacer la cortesía á los Reyes. Estos, por su parte, ordenan que por las Reales Caballerizas se pongan á disposicion de la fiesta los timbales y clarines, sus alguaciles, cuando los ha habido, y seis caballos domados á la jineta y conducidos de mano por el competente número de palafreneros para cada uno de los caballeros. Igualmente disponen que su guardia Real de alabarderos forme al descubierto debajo del balcon Real en vez de valla ó barrera. De este modo, y sirviendo los toreros de oficio de defensores de los caballeros, se efectuaron las citadas corridas, y las que en el mes de Setiembre de 1754 se celebraron con motivo de la llegada de María Luisa de Parma, que vino á casarse con Carlos IV, á la sazón príncipe de Asturias. En esta funcion fueron defensores de los caballeros Joaquin Rodriguez (Costillares), José Delgado (Hillo) y Pedro Romero, á quienes el público designaba con la frase «Los tres diestros notoriamente conocidos por su habilidad.»

Terminó el pasado siglo sin más que las funciones narradas; pero á poco de comenzar el actual ya se celebró alguna, que se ha repetido en dos ocasiones distintas y siempre con lujo y ostentacion. Por estar más próximas á nuestros dias, por existir minuciosas descripciones de ellas y por vivir muchas personas que las han presenciado, al ménos las dos últimas, se referirán, si no en todos sus detalles, con aquellos que sean de más bulto y con los nombres de las personas que ya de un modo ú otro en ellas tomaron parte. Debiendo advertirse que ya en las celebradas en tiempo de Carlos III se estableció la diferencia entre las corridas de Corte y las de Villa, diferencia que, aunque esencial, se reduce á muy poco, pues únicamente consiste que en las corridas de Corte apadrinan los Grandes, forman los alabarderos, el Rey designa los caballeros que han de rejonear y hace el convite para la fiesta, á cuyo efecto el Ayuntamiento remite á Palacio oportunamente los billetes de todas las localidades, mientras en las de Villa el Ayuntamiento convida, nombra los ca-

balleros, que son apadrinados por Regidores, y no forman los alabarderos. En unas y otras el Rey, que arroja la llave del toril, manda la plaza y preside la funcion, haciendo las señas en su nombre el Caballerizo mayor. Tanto Palacio como los Grandes, en las más de las ocasiones y para mayor solemnidad de la funcion de Villa, han facilitado al Ayuntamiento para ella todo lo que habian dado para la de Corte.

Las primeras corridas Reales que en el presente siglo se han jugado, lo fueron en la Plaza Mayor al celebrarse el matrimonio del príncipe de Asturias D. Fernando con doña María Antonia de Nápoles, en 20 de Setiembre de 1804. Se presentaron cuatro caballeros á rejonear, que se portaron bien y mataron varios toros, si bien sufrieron algunas caídas. Entre otros Grandes apadrinaronlos el Conde de Altamira y el Duque de Osuna, que lucieron magníficos trenes, siguiendo á cada carruaje cincuenta pajes lujosamente vestidos y seis caballos á la jineta conducidos por palafreneros de la Real Casa. Fueron defensores José Romero, Juan Conde y Bartolomé Jimenez.

Jurada Princesa de Asturias la que despues fué Reina con el nombre de Isabel II, en 19 de Junio de 1833, se celebraron dos funciones Reales de toros en los dias 23 y 24 del mismo, siendo la primera de Corte y la segunda de Villa. En aquella fueron padrinos los Duques de Frias, Alba é Infantado y el Conde de Floridablanca, y defensores los espadas Manuel Lucas Blanco, Juan Jimenez (el Morenillo), Juan Leon y Francisco Montes. Hubo gran acompañamiento de comparsas vestidas de indios, turcos, romanos y españoles á la antigua, ademas de los lacayos y palafreneros de las Reales Caballerizas, que conducian venticuatro caballos. Fueron segundos espadas Manuel Romero Carreto, Luis Ruiz y José de los Santos; entre los banderilleros iban algunos tan notables como Capita, el Raton, Camilo y Juan Pastor, y figuraban como picadores, ademas de otros, Juan Pinto, Juan Mateo Castaño, Manuel Gonzalez, Francisco Sevilla, Bernardo Botella, Antonio Sanchez (Poquito pan) y Juan Martin (el Pelon). El caballero que más se distinguió fué el Sr. Artaiz, que apadrinaba el Duque del Infantado y defendia el inolvidable Paquiro, que ya hacia dos años trabajaba en la plaza de la corte, siendo desde luego admirado por toda la afición.

Las últimas fiestas Reales de toros que el pueblo de Madrid ha visto, fueron las jugadas en la Plaza Mayor los dias 16, 17 y 18 de Octubre de 1846, al celebrarse el matrimonio de la Reina D.^a Isabel II con su primo el Infante D. Francisco de Asis, duque de Cádiz. El Ayuntamiento de Madrid confió la preparacion y direccion de las fiestas á una Comision de su seno, compuesta del Duque de Veraguas, Alcalde Corregidor, Presidente; del Teniente de Alcalde Marqués de Perales, y de los Regidores Marqués de Barboles, Conde de la Oliva, D. Ramon de Mesonero Romanos, D. Diego del Rio, D. Cristóbal Campoi, D. Agustin Cándido Morato, D. Santiago de Posadillo y D. José María de Alós. No hay que decir, dadas las condiciones de carácter y actividad que distinguian á muchos de los nombrados, el celo y acierto con que procuraron corresponder á la confianza que en ellos depositó el Municipio. Con relacion á las corridas, el resultado fué sorprendente, y no pudo ménos de admirar á los príncipes franceses y á todos los señores y servidumbre que los acompañaban, como igualmente llamó la atencion de los españoles, aún la de los que habian presenciado las fiestas de 1833.

En muy pocos dias, como que apenas pasaron de quince, se desempedró y allanó la plaza, se construyeron los tendidos y galerías, y se fingieron las casas que faltaban por construir. Una rica colgadura de paño grana con galon de oro se ostentaba en los primeros y terceros balcones, así como otra amarilla y plata en los segundos ó del centro, por donde se reproducian los colores de la bandera nacional. Completaban el adorno otra colgadura azul y plata que pendia de las barandillas de las terrazas, y la muy rica que adornaba la Casa Panadería, en cuyo centro se destacaba un dosel de terciopelo y armiño, bajo el cual se habian de sentar los Reyes. Como, siguiendo anterior costumbre, habian de lidiarse, como se lidiaron, algunos toros de noche, habia preparada una nota-

ble iluminacion, que no bajaba de setecientas hachas de cera, repartidas entre todos los balcones de la Plaza. A las nueve de la mañana del dia 16 se dió suelta al primer toro de la primera corrida de prueba, corrida que se repitió en los siguientes dias 17 y 18. Se lidiaron cada mañana ocho toros, y trabajaron cinco espadas y cinco picadores de los doce que de una y otra clase fueron invitados para tomar parte en las funciones, asistidos de sus lucidas cuadrillas de banderilleros.

En la tarde del dia 16 se verificó la funcion de Corte, é inmediatamente que SS. MM. y AA. se presentaron en el balcon de la Panadería, una compañía del Real Cuerpo de Guardias Alabarderos atravesó la Plaza y formó al descubierto debajo del citado balcon, haciendo vez de barrera, que en aquel sitio de propósito faltaba. En seguida por el arco de la calle de Toledo salieron los caballeros y padrinos á hacer la reverencia y tomar la vénia para dar principio á la funcion en la forma siguiente:

Abrian la marcha los timbales y clarines de las Reales Caballerizas, y detras cuatro alguaciles del Ayuntamiento, con el Jefe de Policía Urbana á la cabeza, por no haber Alguacil mayor. Precedian á cada carroza de las cuatro en que iban los grandes y caballeros rejoneadores, una numerosa comparsa vestida á la española antigua y guardia de la Lancilla ó Chamberga de la época de Felipe IV, y dos heraldos con dalmáticas de la Real Armería, y seguian las cuadrillas respectivas de á pié, los lacayos, pajes y dependientes de los señores padrinos, y seis palafreneros de la Real Casa conduciendo de mano igual número de caballos con arreos á la jineta. Los primeros espadas de cada caballero iban á la portezuela derecha de los coches, así como á la izquierda los segundos. Al pasar por delante del balcon real, los padrinos y caballeros bajaron de los coches é hicieron la cortesía, retirándose por el mismo arco de Toledo, volviendo á salir los caballeros montados y sólo acompañados de los chulos. Colocados aquéllos en su sitio y los alguaciles á caballo en la plaza frente al balcon Real para correr las órdenes del Caballerizo mayor, S. M. arrojó la llave del toril, y salió el primer toro, al mismo tiempo que de diferentes puntos de la Plaza se soltaban palomas con cintas de diversos colores. Varios toros se rejonearon hasta que S. M. dispuso que continuasen la lid los picadores, banderilleros y espadas, y se retirasen los caballeros. Eran éstos, nombrados de Real decreto, D. Ramon Fernandez, á quien apadrinaba el Sr. Conde de Altamira y defendia Juan Jimenez (el Morenillo) con su cuadrilla, en la que iba de segundo Juan Lucas Blanco; D. Antonio Miguel Romero, apadrinado por el Sr. Duque de Abrantes, y de espada José Redondo (el Chiclanero), y su segundo Antonio del Rio; D. Federico Varela y Ulloa, bajo la proteccion del Sr. Duque de Medinaceli, llevando de primer espada á Juan Leon, y en clase de segundo á Francisco Arjona Guillen (Cúchares); y D. José Cabañas, á quien apadrinaba el Sr. Duque de Osuna y acompañaban como espadas Francisco Montes y Juan Martin (el de la Santera). Tambien el Sr. Duque de Alba apadrinaba á D. Bernardo Osorio de la Torre, que no llegó á rejonear, y que no tenía otro carácter que el de supernumerario. Entre los caballeros rejoneadores se lució en extremo D. Antonio Miguel Romero, que mató varios toros de un solo rejoneo, mereciendo que S. M. le mostrara su agrado y que S. A. el Duque de Montpensier le regalara la espada que ceñia el dia de su boda. De los lidiadores de oficio se distinguieron el Chiclanero y Montes, que se presumió no tomara parte en las funciones á causa de la grave herida que pocos dias ántes y en la plaza de Ecija le habia inferido un toro, lo cual no impidió que demostrara en estas fiestas su valor y destreza, ya dando muerte á los toros que le tocaron, ya ayudando á sus compañeros, especialmente á Leon, que por su edad y achaques estaba ya poco á propósito para la lidia.

El dia 17 se verificó la funcion de villa en igual forma que la de corte, sin más diferencia que no formar los Alabarderos, y se presentaron á rejonear, apadrinados por los Sres. Concejales, los caballeros D. Fernando Acebes, D. Mariano Gonzalez y D. José Perez Olmedo, nombrados por el Ayuntamiento. A poco de empezar la funcion tuvo que retirarse Gonzalez muy mal parado á causa de la

caída que, botando, le dió el caballo que montaba: continuaron los otros dos, distinguiéndose Olmedo, hasta que S. M. los mandó retirar y que entrasen los picadores, terminándose la función en la forma ordinaria.

El tercer día no se presentaron caballeros á rejonear, y la plaza fué servida sólo por lidiadores, pues, como el cartel indicaba, la función se celebró «para los fines prevenidos por S. M.», que no fueron otros que atender con sus productos y los de las pruebas á los gastos ocasionados.

En los referidos días se lidiaron más de sesenta toros, que pertenecían á la ganadería de Valdés, que como más antigua de Castilla, rompió plaza, y á las de Gaviria, Osuna y Veragua, Cabrera, Bañuelos, Fuentes, Lesaca, Torre y Rauri, Gomez, Salvatierra, Lizasu, Durán y Barquero. Además de los espadas ya nombrados, trabajaron en claso de tales Gaspar Diez, su hermano *el Lavi*, Pedro Sanchez y Julian Casas (*el Salamanquino*), y como picadores, Antonio Sanchez (*Poquito pan*), Antonio Fernandez (*Varillas*), Antonio Rodriguez, Juan Gallardo, Francisco Atalaya, José Muñoz, Pedro Romero (*el Habanero*), Manuel Lerma (*el Coriano*), y Juan y Manuel Martin. Entre los banderilleros se contaban Jordan, *Capita*, Camilo Javier Cano, Guzman, Jimenez (*Bocanegra*), Nicolás (*Chauchau*), Meliz, Muñoz (*la Pulga*), Velito, *el Granadino*, Cayetano Sanz y *el Renatero*. De todos estos diestros pocos son los que viven, y ménos aún los que podrán tomar parte en las próximas funciones. De matadores no existen sino Juan Martin y Julian Casas, pues aunque hoy tienen esa categoría Cayetano Sanz y Angel Lopez Regatero, entónces no eran más que banderilleros. De éstos, aunque en Sevilla, Chiclana y Cádiz se encontrarían algunos, como Manuel Guzman, Manuel Rodriguez (*Chauchau*), Nicolás Varo y Ezpeleta, están retirados de la lidia y casi todos imposibilitados de funcionar. De aquellos picadores solamente dos viven: el anciano José Muñoz y Manuel Martin.

Escritos estos ligeros apuntes, y cuando nos sonreía la esperanza de que podríamos presenciar otras fiestas Reales de toros en igual forma que las pasadas; cuando había fundado motivo para creer que no se interrumpiría la tradición que preside á estos espectáculos; cuando parecía que por todas las Corporaciones que en ellos han de intervenir se allanaban los obstáculos que á su realización pudieran oponerse; el desengaño ha venido á matar todas estas creencias, la realidad ha desvanecido todas las esperanzas. El Municipio ó la Comisión de festejos no ha creído conveniente formar palenque á propósito para la lidia, ni con capacidad suficiente para los espectadores. No ha querido vencer inconvenientes que con facilidad se habrían salvado; se ha detenido ante intereses que con error se ha pretendido que se violaban y que no se sabe hasta qué punto debieron ser atendidos, y un falso cálculo le ha hecho creer que las fiestas serían muy costosas.

Fácil sería demostrar lo contrario, y hacer ver que con mejor deseo y con más feliz acierto las corridas reales de toros habrían afectado aquel carácter de grandiosidad y magnificencia propias del acontecimiento que se solemniza, que habrá de faltarles á las próximas, y de las que con seguridad no podrá decirse lo que há más de dos siglos se asentaba en un libro impreso en Londres:

«Confieso que la Francia y la Italia se vanaglorian de sus espléndidos juegos (que así los llaman) y que los ingleses con mayor razón y más justos títulos se precian de sus luchas pugilísticas y sus carreras de caballos; pero en mi humilde opinión, los espectáculos que ahora voy á describir (las corridas de toros) tienen derecho á ser preferidos á todos los demás.»

X.



CAZA DE LA ALONDRA.

A pesar de lo conocido que este pájaro es en toda Europa, lo que nos dispensaría de una explicación científica de sus cualidades, no omitiremos, antes de hablar de los diversos modos de cazarle, decir algo de sus propiedades, y

aún de lo mucho que ha ocupado á los naturalistas la etimología de la voz *alondra*.

Forma este pájaro una rica y numerosa familia, diseminada por todas partes. Aplicáronle los celtas la denominación de *aland* ó *aranda*, sin poder determinar en manera alguna la razón que para ello pudiesen tener, por más que en las etimologías celtas de la Tour-d'Auvergne se encuentre el verbo *arandar*, que significa cantar alegremente.

Dícese también que al regresar César de las Galias tuvo ocasión de apreciar el valor de los galos Saintonges, que fueron los primeros en recibir las colonias de la metrópoli, por lo que creó una legión, dándole el nombre de *alondra*.

No se sabe ciertamente si el nombre dado á esta legión fué efecto de la maternal alegría que distinguía á sus soldados, á imitación de la alondra, ó si contribuyó á ello la forma de su casco, parecido al moño de este pájaro, ó si acaso por el encarnizamiento con que en la época del celo combaten entre sí, pues llegan á matarse hundiéndose el pico en la cabeza.

Refiérese también que en tiempo del misticismo religioso, en que las creencias se fortificaban instintivamente á la vista de todos los hechos de la creación, se llegó á imaginar que *alanda* se derivaba de la palabra *alande*, que significa alabanza, porque la alondra, remontando su vuelo, cantaba siete veces al día, alabando las obras del Criador.

Las alondras son granívoras, de costumbres familiares, y su carne sumamente delicada. Durante la primavera viven dispersas en la campiña; pero tan pronto como dejan sentirse los frios del invierno, se reúnen en grandes bandos, y abandonan las montañas para bajar á la llanura, donde encuentran más fácil alimento. Su canto es agradable, y la hembra construye su nido en tierra, donde deposita cuatro ó cinco huevos de un color gris ceniciento con manchas castañas.

La época de su caza principia en el mes de Setiembre hasta fin de invierno, cuando, no sólo es segura y ventajosa, sino un manantial de goces para el aficionado á la volatería, cazador de red y de ballesta, y aún para el gastrónomo, por lo delicado de su carne, como ya hemos dicho: así que hablaremos ahora de los distintos medios que hay de cazarlas y de los instrumentos necesarios al efecto.

Figura entre éstos en primer término, ya para la caza de escopeta, ya también para la de red, el llamado *espejuelo*, que, aunque hoy es bastante conocido en algunas provincias de España, y particularmente en Castilla la Nueva, daremos una ligera explicación de su forma. Consiste éste en un pedazo de madera en forma de media luna ó segmento de círculo de 245 á 271 milímetros de longitud, y de 74 milímetros de anchura por la parte de abajo, redondeados los extremos, y unos 10 milímetros de anchura en su parte superior; tanto en ésta como en los dos lados que vienen formando talus, se incrustan simétricamente diversos pedacitos de espejo, á lo que indudablemente debe atribuirse su nombre. Esto se consigue fijándolos por medio de un betún, compuesto de tres partes de pez negra por cuatro de cemento rojo tamizado, fundiéndose reunidas ambas materias; esta pieza tiene, en el centro de su parte inferior, un agujero de 27 milímetros de profundidad, en el que entra una espiga de hierro algo ménos gruesa que el dedo pequeño; esta espiga tiene en su centro un husillo de madera, donde va colocada la cuerda que le da movimiento, cuya explicación daremos después. Consta, además, de un piquete, también de madera, de unos 325 á 350 milímetros de longitud; este piquete tiene también un agujero vertical en su parte superior, donde se introduce el otro extremo de la espiga, que debe ser redondo, para que pueda girar fácilmente; y en la inferior, una contera de hierro acabada en punta, para que, clavado en tierra, á pesar del movimiento continuo del espejuelo, no pueda caerse.

Hemos dicho que en el husillo se colocaba una cuerda para darle movimiento; pues bien, éste se efectúa por medio de una persona sentada en tierra á distancia de diez ó doce varas, si no le fuese posible ocultarse en uno de los accidentes del terreno, la que, tirando y aflojando la citada cuerda, cuya dimensión es fácil comprender, con un movimiento regular hace girar el espejuelo. Los cristales, reflejando á los rayos del sol, atraen de una gran distancia á las alondras, de cuyo excesivamente curiosas. Es divertidísimo verlas revolotear y cernerse encima del espejuelo, por lo que se las mata fácilmente, dándose el caso de que, á pesar del disparo, vuelvan otra vez, sin haberse alejado á gran distancia.

Comprendese desde luego que esta clase de caza no puede hacerla una sola persona, toda vez que ésta es indispensable para dar movimiento á la maquinilla.

Hay otras varias clases de espejuelos, pero ninguna preferible á éste, por su sencillez, atracción y baratura. Los hay también de resorte, cuyo mecanismo es igual al de una máquina de asar, y aunque de éste pueda servirse el cazador sin asistencia de otra persona, se tropieza con el inconveniente de tener que abandonar su puesto para darle cuerda, y nunca su resultado es comparable al del espejuelo ya descrito.

La alondra se caza también con ballesta, instrumento que se construye con costillas de animales, prefiriéndose á todas las de caballo ó mula; mas para esta clase de caza, de cuyo entretenido, es preciso gran habilidad para armarlas y cubrirlas, cebando con anticipación los parajes donde deban colocarse, sistema á que sólo puede dedicarse el pajarero de profesión.

Sírvense también éstos de redes de tirantes, exactamente iguales á las que se emplean comunmente para toda clase de pájaros, omitiendo describirlas por demasiado conocidas, si bien harémos observar que, además del cimbel ó pájaro de reclamo que se coloca en el centro, sirve también el espejuelo descrito, el que se fija entre las dos redes, á un tercio de su longitud, y si á éste se añaden algunos pájaros de la misma especie, la caza es perfectamente segura, medio del que se valen con gran resultado en algunos puntos de Francia, y especialmente en Provenza.

De todos estos sistemas, ninguno tan entretenido ni que más se preste á la diversión de la escopeta como el del espejuelo, pues que, además de los diversos accidentes que se originan en esta clase de caza, pueden concurrir á ella cinco ó seis personas, en la seguridad de que todos han de disparar abundantemente, restándonos sólo advertir que es muy conveniente el que algunas de ellas se dirijan de cuando en cuando por las inmediaciones del punto en que esté situado el espejuelo, para hacer levantar los bandos, que al verlo, indudablemente acuden á él.

H.

NOTICIAS GENERALES.

Sus Altezas Reales los Duques de Montpensier han obsequiado á S. M. el Rey, durante su permanencia en Sevilla, con una cacería en el coto de Quinto.

Fueron invitados, además de S. M. el Rey y su servidumbre, los presidentes de las Sociedades que habían dado fiestas durante la estancia de S. M. en Sevilla, y las damas que habían presidido aquellas fiestas.

A las ocho de la mañana partieron de San Telmo los cazadores, en ligeros carruajes tirados por magníficas mulas. Las damas fueron más tarde, siendo las once y media la hora señalada para el *rendez-vous* general de *chasse*.

Una magnífica tienda de campaña, sostenida por cañas de bambú criadas en los mismos jardines de San Telmo, formaba el extenso y alegre comedor, en que se sirvió un espléndido almuerzo, después del cual los cazadores volvieron al campo, acompañando á cada uno en sus respectivos puestos las damas más jóvenes allí presentes.

El día estuvo magnífico; algunos centenares de conejos y algunas docenas de perdices, chochias y liebres, fueron los despojos de esta régia cacería.

Nuestro querido amigo el Sr. D. Antonio Miura ha obsequiado en Sevilla al Sr. Marqués de Campo-Sagrado, al Sr. Vizconde de la Villa de Miranda, al Conde de Gomar, á D. José Antonio Albareda y al propietario de nuestro periódico con dos magníficas cacerías de liebre de un género especial.

A las siete de la mañana del día señalado para la cacería, salieron nuestros amigos con los Sres. Goyena, Armero, Valvidares, Trigo, el simpático torero *Currito Cúchares*, y los señores Miura (D. Eduardo y D. Antonio), anfitriones de la fiesta, en un lindo vapor, que en poco más de dos horas y media los trasportaron á la Isla Menor, lugar en que debía verificarse la cacería.

Sobre la cubierta del vapor hizo servir el Sr. Miura un espléndido almuerzo, compuesto de las más ricas viandas españolas, tan sazonadas y apetitosas, que bastarían por sí solas á destruir las apasionadas censuras que dirigen ciertos espíritus á la cocina española.

Poco después de las diez desembarcaron los cazadores, esperándolos en la orilla varios criados del Sr. Miura con catorce caballos acostumbrados á las corridas de liebre, y los galgos y podencos para el caso necesarios.

El día fué muy divertido, volviendo los cazadores á Sevilla en el vapor, donde se les sirvió un rico *lunch* á la vuelta.

A los pocos días fueron las mismas personas á otra cacería á la pintoresca vega que se extiende delante del pueblecito de Cantillana, y en el terreno conocido con el nombre de *las Trece Hazas*, de antiguo famoso por la bravura y ligereza de sus liebres.

Catorce liebres se levantaron este día, cogiendo los galgos, que eran muy buenos por cierto, ocho de ellas, que fueron las que salieron á terrenos despejados, debiendo su salvación las seis restantes á la frondosidad de los lugares en que se levantaron.

Asistieron á esta cacería, además de las personas arriba citadas como concurrentes á la anterior, D. Hipólito Adalid, D. Fernando Cuéllar y el Conde de Prado-Castellano.

Sólo disfrutándolo puede concebirse un día tan magnífico como el que gozaron los cazadores, pues en aquellos excepcionales sitios, el en todas partes helado Enero es capaz de rivalizar con las galas del florido Mayo.

El Marqués de Castello Melhor, uno de los más distinguidos miembros de la nobleza portuguesa, y de los primeros sportsman de Lisboa, acaba de experimentar una pérdida dolorosa con el fallecimiento de su tío el Sr. Marqués de Ponte de Lima. Sentimos profundamente el pesar que aflige al Sr. Marqués.

El Jockey Club de Lisboa se reunió el 29 de Diciembre para tratar de las carreras de la primavera de 1878.

Han llegado á Madrid el Sr. D. Vicente de Castro Guimaraes, secretario de la Legación portuguesa en esta Corte, con su esposa y su hermano D. José, secretario de la Comisión de las carreras de caballos del Jockey Club.

Continúa aumentando con nuevos y magníficos cuadros la galería del Sr. Vizconde de Daupias, de Lisboa, en la que se admiran lienzos de Troyon, de Lacroix, Corot, Bonnat, Gérôme y notables pintores españoles é italianos. Hay allí un cuadro de Madrazo delicioso; otro de Villegas, y un boceto de Garrido. Los bellos cuadros de animales de Troyon han costado al Sr. Vizconde 24.000 duros. También es notable un cróquis de Baudry, el pintor del *foyer* de la nueva Ópera de París, y la *Lectura de la Biblia*, de Muller.

La concesión de la pesca del sollo en la embocadura de los ríos persanos en el mar Caspio, hecha hace algunos años por el Shah á Mr. Leonaroff de Astrakan, se ha renovado en 532.000 francos anuales. El concesionario emplea 1.100 hombres durante la estación de la pesca, que empieza en Diciembre y termina en Marzo. Los pescados los sazan y los huevos se envían en toneles á Astrakan. Los huevos, tan solicitados por los italianos, que los llaman *boutra*

que se preparan en Seridrood. La pesca produce dos millones de francos al año.

La comision nombrada por el Gobierno italiano para estudiar la enfermedad de los naranjos, ha visitado muchos huertos de la provincia de Messina, Palermo y Catania. De las observaciones hechas por los individuos de la Comision, resulta que el mal de la goma puede considerarse ya como vencido, ingertando á bastante altura del suelo los naranjos sobre pie de naranjo agrio. Respecto á la criptógama de estos árboles (*mytilaspis flavescens*), el cual causa grandes males en los naranjales de Palermo y en los que desde Acoreale se extienden hasta Catania, parece que aún no era entrado en Palermo.

Un labrador que frotó la parte baja de los árboles con excremento de perro desleído en agua, para librarlos de los conejos y liebres que roían la corteza, dice que ha conseguido alejarlos mediante el olor de este específico. El medio no es muy agradable para el olfato, pero es fácil ensayarlo.

Mr. Heckel ha regalado al Jardin de Plantas de París una serpiente, la *chessydre fascie* que llega á Europa por primera vez. Esta curiosa especie de un metro de largo y una pulgada de grueso, está llena de anillos blancos y oscuros y es esencialmente acuática y en realidad una serpiente de mar.

Un vecino de Sierk quería ahogar un perro; lo hizo subir á una lancha con él, le ató una piedra al cuello y lo lanzó en el río. El pobre animal desapareció al pronto, pero la cuerda se rompió y volvió á la superficie, haciendo esfuerzos desesperados para llegar á la lancha; pero su amo lo rechazó tres veces con un remo. Ya impaciente de esta lucha, el hombre se puso de pie, asestó un violento golpe sobre la cabeza del perro y... cayó al agua. Entonces se vió una extraña escena; el perro acudió en socorro de su cruel amo y consiguió salvarlo, arriesgando varias veces ser llevado por la corriente. A este precio salvó su vida. Al paisano se le ha formado causa.

No son solos los turcos los que atacan á Rusia, pues la poblacion está seriamente amenazada por los lobos. En un trabajo del profesor Brúctiner, inserto en la *Russische Revue*, indica que estos voraces comen anualmente por 62.500.000 francos de animales domésticos y por 187.500.000 francos de animales salvajes; en 1875 han devorado 100 mil perros y 161 hombres. Las primas instituidas para la destruccion de los animales feroces es de 2 á 20 francos solamente. Se teme un invierno terrible, pues con la guerra se suprimirán este año las grandes cacerías de lobos.

En los cuatro días que ha cazado el Príncipe de Galles en las tierras de lord Londeshorough, el total de piezas muertas ha sido 5.889.

El mariscal Mac-Mahon ha regalado una copa de Sevres de valor de 5.000 francos, como premio para el gran torneo internacional de ajedrez que tendrá lugar durante la Exposición Universal de 1878.

Dos caballeros daneses se paseaban últimamente en lo reservado del Parque Real, situado á algunas millas de la ciudad, cuando de repente fueron atacados por un ciervo furioso que amenazaba darles un mal rato. Uno de ellos, ya cansado, huyendo del animal, se disponía á subirse á un árbol, cuando pasó el Rey. Este se colocó delante del ciervo y le dió varios latigazos que le hicieron volver atrás y tomar otra direccion. A las gracias que daban los paseantes, S. M. respondió sencillamente: «Soy yo, señores, quien agradezco á mi buena estrella de haberme encontrado aquí oportunamente.»

La vendimia ha terminado en el Bordelais. La cosecha en el alto Medoc dará vinos de calidad superior, que sólo pueden compararse á los de los años excepcionales de 48 y 70. No sucede así en cuanto á la cantidad.

Mr. Nagel, director de la estacion sericícola del Este en Francia, despues de haber mejorado por el buen cultivo y la poda una vieja parra casi abandonada, se le ocurrió estudiar en ella la accion de un liquido hasta ahora sin empleo; del agua de las cubas en las que han sometido á la maceracion las pieles de las tenerías.

Mr. Nagel pensó que podría ser una materia fertilizante y un abono bastante rico, del que aquellas cepas gastadas por el tiempo y por la inercia podrían aprovecharse, y bajo este razonamiento practicó dicha operacion.

Bajo la influencia del agua en cuestion la parra ha vuelto á una actividad de vegetacion que ha llamado la atencion de los curiosos, aficionados y viticultores.

Literalmente cargada de racimos, pesando algunos de 500 á 1.000 gramos, cada cepa ha producido 20 kilogramos de buena uva, y se ha atribuido al abono esta abundancia de produccion.

Se observó que el oidium no atacó á esta viña, y creyeron algunos que en aquella agua muy arsenical se encuentra una materia tóxica para el oidium.

Se han enviado cinco kilos. del liquido al Director del Instituto Agronómico para analizarlo.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

Tirada ordinaria del día 28 de Diciembre de 1877, á la una de la tarde:

1.^a *Match*. En 10 pichones, cada uno á su distancia:
Sr. D. Eduardo Anspach: 111111110—01. G.
Sr. D. Scipion Morillo: 1111111011—00.
2.^a *Piña*. A 20 metros: en 3 carambolas, 2 tiradores:
Sr. D. Eduardo Anspach: 1212. G.
Sr. D. Scipion Morillo: 1000.
La tirada terminó á las tres y media.

Tirada ordinaria del día 1.^o de Enero de 1878, á la una de la tarde.

1.^a *Match*. En diez pichones: cada uno á su distancia:
Sr. D. Eduardo Anspach: 1001010111. G.
Sr. D. Scipion Morillo: 0110110100.
2.^a *Piña*. A 20 metros: en 2 carambolas, 2 tiradores:
Sr. D. Eduardo Anspach: 121012. G.
Sr. D. Scipion Morillo: 101000.
La tirada terminó á las tres y media. AVELINO.

Tirada del día 8 de Enero de 1878.

1.^a *Piña*. *Match* en 10 pichones.
Sr. D. José Argaziz.—11001100. G.
Sr. Marqués de Peñafior.—000010100.
2.^a *Piña*. A 26 metros, en cinco pichones, seis tiradores.
Sr. D. Alberto Carton.—11110—1011. G.
Sr. D. José Argaziz.—11011—1010.

Sr. Marqués de la Mina.—11101—0.

3.^a *Piña*. Lo mismo que la anterior.

Sr. D. José Argaziz.—5/5. G.

4.^a *Piña*. Lo mismo que las anteriores.

Sr. D. Eduardo Anspach.—4/4. G.

5.^a *Piña*. Cada uno á su distancia, en un pichon, cuatro tiradores.

Sr. D. Alberto Carton.—1—011. G.

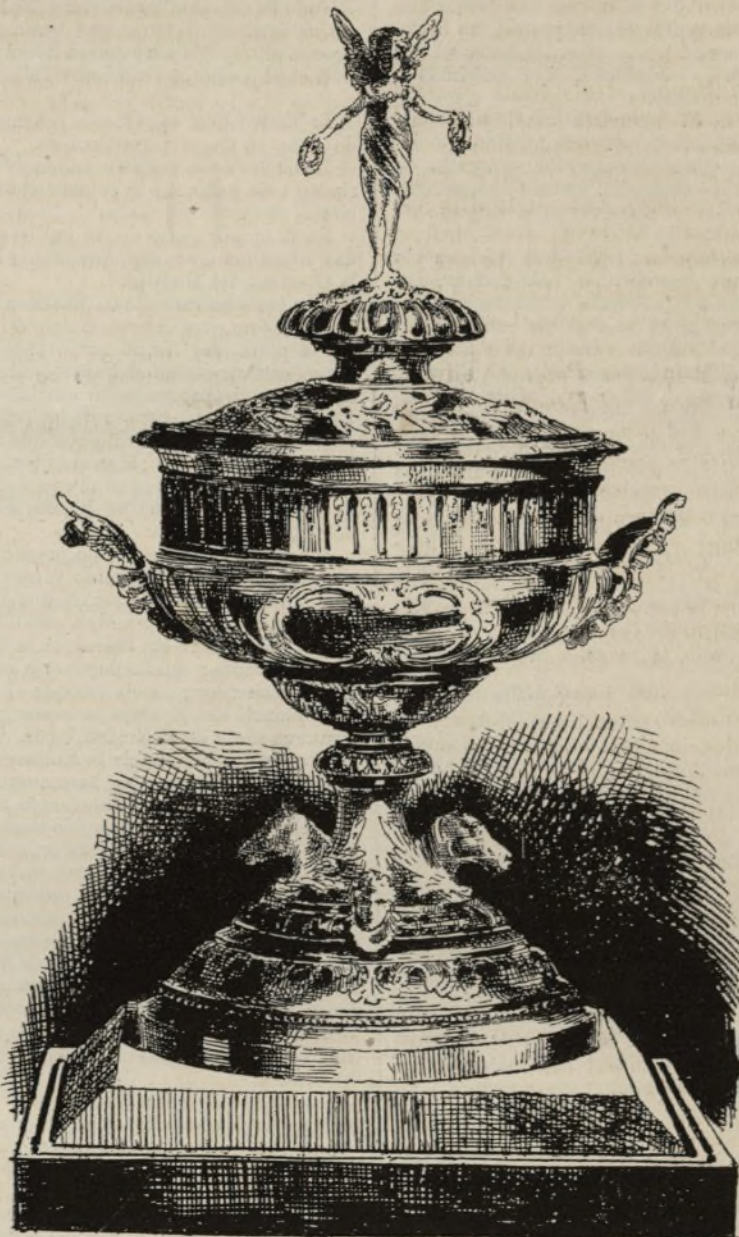
Sr. Duque de Tamames.—1—010.

Tomaron parte en estas piñas, además de los citados, los Sres. Duque de Huéscar y D. Scipion Morillo.

La tirada terminó á las cuatro.

Tirada ordinaria del día 11 de Enero de 1878, á la una de la tarde.

1.^a *Piña*. *Match* en cinco pichones.



COPA REGALADA POR S. M. EL REY AL TIRO DE PICHON DE SEVILLA Y GANADA POR EL SR. D. J. IRURETA GOYENA.

Sr. Conde de Gomar.—0—1111—111. G.
Sr. Vizconde de la Villa de Miranda.—11011—110.
2.^a *Piña*. A 26 metros, en cinco pichones, cinco tiradores.
Sr. D. Joaquin Goróstegui.—01011—1. G.
Sr. Conde de Gomar.—01110—0.
Sr. Vizconde de la Villa de Miranda.—01100.
3.^a *Piña*. A 26 metros, en cinco pichones, siete tiradores.
Sr. Conde de Gomar.—01111—110111. G.
Sr. D. Fernando Soriano.—11011—1101110.
Sr. Marqués de Campo-Sagrado.—11011—1100.
4.^a *Piña*. A 26 metros, en tres pichones, nueve tiradores.
Sr. D. Eduardo Anspach 3/3. G.
5.^a *Piña*. Lo mismo que la anterior.
Sr. Duque de Tamames.—111—11. G.
Sr. D. Eduardo Anspach.—111—10.
Sr. D. Fernando Soriano.—111—0.
6.^a *Piña*. Cada tirador á su distancia, en un pichon, siete tiradores.
Sr. D. Fernando Soriano.—1—1111. partida.
Sr. D. José Pereira.—1—1111. partida.
7.^a *Piña*. Avanzando, en un pichon, seis tiradores.
Sr. Marqués de Campo-Sagrado.—1—11. G.
Sr. D. José Pereira.—1—10.
Sr. Conde de Gomar.—1—10.
Tomaron parte en estas piñas, además de los señores citados, el Sr. D. Scipion Morillo y D. Francisco Serrano.
La tirada terminó á las cuatro y media. AVELINO.

TIRO DE PICHON DE SEVILLA.

Tiro del 31 de Diciembre de 1877.
Apuesta de prueba. Handicap opcional: un pichon, 20 tiradores:

Sr. W. Buck: 1111 ganó.
Sr. Marqués de Campo-Sagrado: 1110.
Premio de S. M. el Rey. Un objeto de arte.
Handicap, 10 pfs.: 7 pichones, 22 tiradores:
Sr. J. Y. Goyena: 1111111, 1.^o
Sr. W. Buck: 1111011, 2.^o
Sr. P. Gonzalez: 1110011—11, 3.^o
H. Davies: 1110110—10, 3.^o
Handicap opcional: un pichon, 38 tiradores:
Sr. Marqués de Albetos: 111111, ganó.
Sr. M. Gonzalez: 111110.
Handicap opcional: 1 pichon, 22 tiradores:
Sr. A. Valdés: 111, ganó.
Tiro del 2 de Enero de 1878.
Handicap opcional: 3 pichones, 9 tiradores:
Sr. M. Calzada: 3/3, ganó.
Handicap opcional: 3 pichones, 10 tiradores:
Sr. J. Y. Goyena: 3/4, ganó.
Sr. A. Valdés: 2/4.
Handicap opcional: 3 pichones, 12 tiradores:
Sr. Conde de Gomar: 4/5, ganó.
Sr. Goyena: 3/5.
Sr. Cendreras: 3/5.
Handicap opcional: 3 pichones, 12 tiradores:
Sr. A. Valdés: 3/4, ganó.
Apuesta opcional, 25 metros: 5 pichones, 11 tiradores:
Sr. Marqués de Camposagrado: 7/8, ganó.
Sr. T. Osborne: 6/8.
Handicap opcional: un pichon, 12 tiradores:
Sr. J. Abaurre: 3/3.
Apuesta opcional, 30 metros: un pichon, 7 tiradores:
Sr. J. Abaurre: 3/3.
Apuesta opcional, 30 metros: un pichon, 7 tiradores:
Sr. Marqués de Camposagrado: 1/1.
Apuesta opcional, marchando: un pichon, 8 tiradores:
Sr. Vizconde de la Villa de Miranda: 2/3.

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

Yace en el fondo de la cesta destinada á los papeles inútiles el pintado carton que sostuvo las 365 hojas del *Almanaque* del pasado año. Todos los días nos hacia arrancar una la marcha veloz del tiempo, y como capital que se gasta y no se puede reponer se disipa, llegó por fin el 31 de Diciembre, y el marco quedó sin cuadro, triste como el árbol que dejó sin hojas el soplo del invierno, inútil como la copa rota despues de haber contenido el espumoso vino que alegró la fiesta.

En las hojas que nos hizo arrancar todas las mañanas el paso veloz del tiempo está nuestro pasado, y en las del nuevo *Almanaque* que luce en la pared los brillantes colores del cromo que le adorna, nuestro porvenir.

¿Qué fecha de esas que hoy están apiñadas será eternamente memorable en nuestra vida, señalando un dolor ó marcando una alegría?

Días que nos eran indiferentes el año pasado, no llegarán ya sin conmover nuestra alma recordándonos el sér querido que nos abandonó, el desencanto que sufrimos ó la breve ventura de que gozamos.

Sus fechas, grabadas en la marmórea losa de un sepulcro al lado del nombre amado del sér que perdimos, ó esmaltadas en áureo anillo que recuerda el día venturoso de la primer mirada ó de la primera cita, forman épocas célebres de nuestra vida íntima y constituyen el sagrado de nuestros recuerdos.

Ahí en esas otras hojas del año 1878 están cifradas las esperanzas. A medida que descubrimos esas fechas, ¿se realizarán nuestros ensueños? ¿se verán cumplidos nuestros deseos? Sólo creer que si es ya casi un consuelo. La ilusión hace olvidar los dolores que causan las punzantes espinas de la realidad, é ilumina los senderos del porvenir con vividos destellos.

La primer quincena del año nuevo ha sido de proyectos. El 1878, al nacer, trae en sus infantiles manos programas de fiestas y anuncios de solemnidades.

Consagremos, ántes de ocuparnos de éstas, algunas líneas á los hechos pasados.

La embajada de Italia ha recibido estos días multitud de visitas. Cuantos hombres notables en política, armas, letras y ciencias constituyen la sociedad distinguida de Madrid, han ido á manifestar al Sr. Conde de Greppi el pesar profundo que les ha causado la sensible muerte del rey Víctor Manuel.

El noble hijo de Carlos Alberto, el valiente soldado de Novara, el compañero de Garibaldi en los combates y de Cavour y de Ratazzi en los consejos, ha pasado á mejor vida, lanzando su último suspiro en el palacio del Quirinal, siendo Roma la capital de Italia, y recibiendo en su última hora la santa bendición del representante de Dios en la tierra.

Los diarios políticos han consagrado sentidos recuerdos al Rey, al militar y al estadista; nosotros se los consagramos al cumplido caballero que amenizó los trabajos de su laboriosa vida con las puras y nobles aficiones del campo y del sport, que entreteuvo los ocios de la paz con los placeres de la caza, y que protegió decididamente á la agricultura, que ha tomado en Italia poderoso incremento durante su reinado.

Víctor Manuel, como Thiers y como Herculano, cuya sensible pérdida sufrieron no há mucho la política y las letras, fué en su vida privada un inteligente agricultor y un cazador infatigable, reportando estas aficiones suyas no pocas ventajas á su país, que con el desarrollo de la vida agrícola ha podido ir borrando la triste huella de funestas y continuas guerras.

No es, pues, inoportuno consagrar un recuerdo á su memoria en las columnas de EL CAMPO.

Con motivo de este triste suceso ha pasado por Madrid la interesante Reina de Portugal. No venía, como otras veces, para asistir á espléndidas fiestas preparadas en su obsequio; vino para marchar á Italia á compartir con sus augustos hermanos el dolor de irreparable pérdida.

Los Condes de Valbom y el Conde de Greppi, con el personal de sus respectivas embajadas, la han saludado en la Estación, y la Reina ha continuado su camino guardando el más riguroso incógnito.

¡La muerte! ¡los dolores de la vida! Hé ahí los inevitables niveladores que igualan al grande y al pequeño.

Nicasio Gallego, el inmortal lírico de nuestro siglo, lo escribió en el túmulo de una reina.

Que no es contra la muerte más segura
Morada excelsa que infeliz cabada.

Se pasa con tanta facilidad en la vida de un entierro á una boda, que no es en una crónica muy violenta la transacción cuando despues de un pésame se consigna una enhorabuena.

La reciben con regocijo estos días los Duques de Medina Sidonia y el Sr. de Caballero, cuyas familias se han enlazado por medio del matrimonio del Conde de Niebla, hijo de aquéllos, con la interesante señorita doña María Caballero, y con más entusiasmo que los padres recibenla los recién casados, que ven colmada con su union su dicha.

Quiera el cielo que sea, como todo indica, eterna.

Otra de las señoritas más conocidas de la sociedad de Madrid y que más han frecuentado los salones, ha recibido también en los últimos días la grave investidura de señora. Me refiero á la hija segunda de la Condesa de San Luis, á doña Isabel Sartorius, que ha marchado ya á Zaragoza, donde está de guarnición el regimiento de artillería á que pertenece su esposo.

Este capítulo de las bodas podrá continuar extensamente en el número próximo, cuando estén ya realizadas muchas de las que se proyectan.

La época no puede ser más á propósito para el matrimo-

nio. Un antiguo refrán lo aconseja, diciendo á los solteros: «Año nuevo, vida nueva.»

Vida nueva y vida deliciosa si fuesen eternos los primeros meses.

Esta vida nueva no la han iniciado los coliseos. El Español ha limpiado la poco complicada maquinaria de *Los Polvos de la Madre Celestina*, que desde que Mariano Fernandez era jóven yace en los almacenes del teatro, y la representa animada con unos cuantos bailables, ó mejor dicho, desfile de bailarinas vestidas de brillantes colores y unas cuantas piruetas de la Fuensanta.

Por lo demas, el arte plástico está en todo su apogeo. Miss Leona ha vuelto á recoger en Novedades el cetro de la escena, y en Apolo renueva una compañía de cuadros vivos los triunfos que no hace mucho tiempo consiguieron en Price las célebres danesas.

Todo es cuestión de buenas formas.

Que éstas son interesantes hasta para tirar al blanco lo prueba el traje de los esposos Howe al reproducir todas las noches el hecho de Guillermo Tell.

El Teatro Real se presenta, en cuanto al público, animado como en sus mejores tiempos.

La noche de la segunda salida de la Lucca, en que se rindió más justicia á la célebre cantante, estaba brillantísimo.

En la mayor parte de los palcos se veían damas escotadas y con manga corta, que iban á ir despues al baile de la Condesa del Montijo.

¡Un baile en casa de la Condesa del Montijo! ¡Cuántos recuerdos no evocan estas palabras! Los elegantes salones de la plaza del Angel serán eternamente célebres en los fastos de la sociedad elegante de Madrid; por ellos han pasado cuantas mujeres hermosas han brillado en la corte. La galería árabe, el salon de los retratos, ¿quién no los recuerda con el dulce cariño con que evoca la memoria las felicitades pasadas? ¡Han sido teatro de tantas ilusiones! No había más que preguntárselo á muchas de las mamás y de los señores calvos que discurrían la noche del jueves por ellos.

Allí brillaron en su florida juventud Eugenia de Guzman y su hermana; allí han leído versos los más célebres poetas; allí se comentaron los chistes de Ventura de la Vega y se aplaudieron las sonoras estrofas de Tassara, uno de los primeros entre los líricos de la brillante pléyade de la época presente; allí... pero sería interminable la historia de sus recuerdos; concretémoslos al presente.

El palacio del Montijo lucía sus galas para obsequiar á la nueva nieta de su ilustre dueña. Era, pues, la Duquesa de Huéscar la heroína de la suntuosa fiesta. Y bien merecía presidirla, que nunca se hermanaron mejor que en ella la gracia y la juventud, la elegancia y la hermosura.

Artística diadema de espléndidos brillantes recogía los negros rizos de su gentil cabeza, y los ricos hilos del suntuoso collar de perlas con que enriqueció su *trousseau* la esplendidez de sus padres, rodeaban su blanco cuello y descansaban sobre su pecho orgullosos de haber trocado por tan envidiable puesto la nacarada mansion de las conchas; de oro viejo era el color de su vestido, de artística hechura y de incomparable elegancia, y no puede imaginarse nada más risueño que el conjunto que presentaba. Era la imagen de un presente venturoso y feliz, y contrastaba su gentil figura con la noble severidad de la de su ilustre abuela.

Era imposible mirarla sin respeto; la más profunda cortesía pierde ante ella carácter de adulación para pasar como débil tributo de acatamiento.

Dos generaciones se inclinaban ante ella: la de sus hijos, representada por el Duque de Alba, y la de sus nietos, simbolizada en los Duques de Huéscar. Las casas más ilustres de la aristocracia española; la de Medinaceli, representada en aquel sarao por la noble dama que, heredando los preclaros timbres de antiguos infanzones, los ilustra entregando su actividad á los adelantos modernos; por la de Fernán Nuñez y Cervellón, por la de Bervick y de Alba, y por la del Ducado de Tamames; todas estas se reconocen, por vínculos de sangre ó por alianzas de familia, como deudos de la Condesa; en representación de la espléndida corte de que fué sol su hija, estaba allí la Duquesa de Malakoff, que si con el título que conquistaron proezas de su esposo encubre el nombre español de su distinguida cuna, no niegan rasgos de su hermosura, majestad de su aire y sutilezas de su ingenio que vió la primera luz en nuestras encantadas regiones del Mediodía, y que circula por sus venas la sangre de la familia que figura entre la aristocracia con el Marquesado de la Paniega, y que brilla en las academias y en las asambleas con el nombre de Valera.

Tenían representación en el baile, como todas las edades y todas las bellezas, todas las aristocracias, las de la cuna, las de la hermosura y del talento.

El aspecto de estas fiestas da exacta idea de los adelantos del espíritu moderno, y al lado de las damas de ilustre casa que lucen espléndidas preseas, brillan, sin que su modesta elegancia disminuya en nada, otras damas que allí tienen legítimo y distinguido puesto por la posición que conquistaron con su talento sus esposos. La nobleza de la cuna se enlaza con la del talento y pídelas muchas veces su apoyo; pues la misión de la una terminó cuando se colgaron las pesadas cotas y los férreos cascos en las armerías de los palacios, y ejerce ahora de lleno su misión la otra desde las páginas del libro, de las columnas de los periódicos y desde las tribunas de los Parlamentos.

Aquella Duquesa de Medinaceli, que estaba allí envuelta en los pliegues de rico vestido de color pajizo y luciendo en su cuello collar de esmeraldas que, con lucirlas ella, han de confirmar la moda de que ahora gozan las ricas piedras del Perú, se convierte en inteligente industrial cuando en su fábrica de las Navas diserta con los ingenieros, y mejora sus productos para mandarlos á las Exposiciones, donde conquistan medallas que pueden lucir al lado de las encomiendas de sus antepasados.

Y ésta es la importantísima misión de la aristocracia en esta época.

Pero no sólo para estas reflexiones, para admirar tanta riqueza como allí se lucía falta tiempo.

Con traje de gro blanco y terciopelo negro iba la Condesa de Gomar; de granadina negra también bordada elegantemente con aceros era el distinguido traje de la señora de Ferrera; blancos encajes lucientes sobre terciopelo negro llevaba la señora de Silvela; la Condesa de Santiago lucía vestido azul pálido con adornos bordados al realce con seda blanca; blanco y encarnado era el traje de la linda Vizcondesa de Torres de Luzon.

La Condesa de Nava del Tajo, que hacia, como en fiestas análogas, los honores de la casa, llevaba un traje color malva adornado con guirnalda de terciopelo y encajes blancos.

La fiesta fué brillante y digna en un todo de la que la daba y de aquellos á quienes estaba dedicada.

Ya lo hemos dicho. El nuevo año trae en sus infantiles manos programas de fiestas. Apenas hay estos días mujer elegante que no se ocupe de trajes y prendidos.

Se suspenden las visitas para hacer excursiones á las tiendas y á casa de las modistas, y todo indica grandes acontecimientos.

Bailes en proyecto; uno de la Duquesa de Santofia, otro de los Condes de Berlanga, y como más general, el de Escritores y Artistas para el día 19 en el teatro de Apolo.

Será de máscaras, y la Sociedad obsequiará con *bouquets* á las damas.

Le monde s'amuse dirémos parodiando una célebre frase.

K'SABAL.

CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID.

Enero de 1878. — Bajo la protección del Ministerio de Fomento.

PROGRAMA.

Carrera primera. — Extraordinaria. (A las once.) — Premio del Excmo. Ayuntamiento de Madrid: rvn. 20.000. — 10.000 al primero, 6.000 al segundo y 4.000 al tercero. — Para caballos y yeguas de todas razas, nacidos en España, sin peso, que no hayan corrido en ninguna carrera pública y formal en la Península. Los que se suscriban para esta carrera deben sujetarse á las condiciones especiales que acuerde el Jurado. — Matricula, 40 reales. — Distancia, una vuelta al hipódromo.

Carrera segunda. — Criterium. (A las once y media.) — Premio, rvn. 20.000. — Podrán tomar parte en esta carrera potros enteros y yeguas de raza española y cruzados, nacidos en la Península, que no hayan cumplido cinco años. Los potros de dos años podrán correr con 35 libras menos que los de tres años. Todo potrero vencedor en carreras formales de la Península, celebradas en los dos últimos años, tendrá un aumento de siete libras por cada carrera que haya ganado, siendo el máximo 28 libras.

Españoles, de tres á cuatro años, 112 libras, de cuatro á cinco id., 128 id.; hispano-árabes, de tres á cuatro años, 120 libras, de cuatro á cinco id., 136 id.; hispano-ingleses, de tres á cuatro años, 128 libras, de cuatro á cinco id., 144 id. — Matricula, 300 rs. — Distancia, 1.500 metros.

Carrera tercera. — Cosmos-Handicap. (A las doce.) — Premio de las compañías de ferro-carriles del Mediodía y Norte de España: rvn. 30.000. — Para caballos y yeguas de cualquier raza. Matricula, 400 rs. — Distancia, 2.500 metros.

Carrera cuarta. — Gran Handicap de Madrid. (A la una.) — Premio del Ministerio de Fomento, rvn. 60.000. — Podrán tomar parte caballos enteros y yeguas españolas y cruzadas nacidos en la Península. — Matricula, 500 rs. — Distancia, 2.000 metros.

Carrera quinta. — Carrera militar. (A las dos.) — Premio de la Direccion general de caballería. Un caballo valor de rvn. 20.000. — Optarán á este premio caballos de reglamento de todos los institutos montados del ejército, que han de ser montados por señores oficiales, de uniforme. — Distancia, 1.500 metros.

Carrera sexta. — Nacional Handicap. (A las dos y media.) — Premio de la Excmo. Diputación provincial: rvn. 20.000. — Para caballos enteros y yeguas de pura raza española. — Matricula, 200 rs. — Distancia, 1.500 metros.

Carrera séptima. — Carrera de obstáculos. — Gentlemen-Riders. (A las tres.) — Premio. Un objeto de arte, regalo de varias señoras de Madrid. — Para toda clase de caballos. Peso regulado por la edad y raza. — Españoles de cuatro años, 120 libras; id. de cinco id., 128 id.; idem de seis y cerrados, 133 id.; morunos é hispanos-árabes, 10 libras-extra; árabes é hispano-ingleses, 24 libras-extra; ingleses nacidos en la Península, 38 libras-extra; extranjeros, 52 libras-extra. — Matricula, 300 rs. — Distancia 2.000, metros.

Condiciones generales.

1.ª La Sociedad de fomento de la cría caballar dirigirá toda la parte técnica de las carreras.

2.ª Comision de carreras: Presidente: Excmo. Sr. Duque de Fernán-Nuñez.

Jueces del campo: Excmo. Sr. D. José Luis Albareda y D. Fernando Heredia.

Jueces de salida: Excmo. Sr. Marqués de Sardoal y excelentísimo señor Marqués de Malpica.

Jueces de llegada: Excmo. Sr. Marqués de Bedmar y D. Fernando Casani.

Jueces del peso: Sr. D. Enrique Parrella, Sr. D. Ricardo Guillen y Sr. Conde de Gomar.

Handicappers: Excmo. Sr. Conde de Balazote, excelentísimo Sr. Duque de Medina-Sidonia y D. Joaquín García de Toledo.

ANUNCIOS.

AGENDA DE BOLSILLO, VERDADERO INSEPARABLE,

Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIO PARA 1878.

CON EL CALENDARIO Y LA GUÍA DE MADRID.

Libro muy curioso y de gran utilidad
para uso de todos los negociantes, comerciantes, banqueros, etc.,
y en una palabra, para toda clase de personas.

El Certificado de cada paquete hasta 10 kilos se paga aparte y cuesta UNA PESETA.

	PRECIOS.	
	MADRID. Pt. Cs.	PRO- VINCIAES. Pt. Cs.
Rústica.	1,00	1,25
Encartonada.	1,50	2,00
En tela á la inglesa.	2,50	3,00
Cartera sencilla.	4,00	4,50
Id. de tafilete.	10,00	11,00
Id. id. con estuche (sin instrumentos).	11,00	12,00
Id. de piel de Rusia.	16,50	18,00
Id. id. id. con estuche (sin instrumentos).	17,50	19,00
PARA LOS QUE TIENEN CARTERA DE LOS AÑOS ANTERIORES.		
Con papel moaré y cantos dorados.	1,50	2,00
Con seda y cantos dorados.	3,00	3,50

Advertencia.—Entre otras novedades que lleva este año la *Agenda de bolsillo*, diremos que hemos añadido la lista de los Abogados del Colegio de Madrid que ejercen actualmente.

Se halla de venta en la Librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, número 10, Madrid.—La misma Librería remite el *Prospecto* especial de los *Calendarios*, *Agendas* y *Anuarios* que se publican para 1878 á todo el que lo solicita.



VAPORES-CORREOS

DE

A. LOPEZ Y COMPAÑÍA, PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Las salidas serán las siguientes: De Cádiz los días 10 y 30 para Puerto-Rico y Habana.—De Santander el día 20 para idem, tocando en Coruña.—De Coruña el día 21 para Puerto-Rico y Habana.—De Habana los días 5 y 25 para Cádiz.—De idem el día 15 para Coruña y Santander.—Más informes de los agentes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Santander, Angel B. Perez y compañía.—Coruña, E. de Guarda.—Valencia, Dart y Compañía.—Alicante, Faez hermanos y compañía.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

Se vende el caballo

LUCERO,

entero, tordo oscuro, con nueve años y ocho dedos de alzada, de magnífica estampa, anglo-árabe-español, de la ganadería del Excmo. Sr. Marqués del Saltillo. Ganador de más de cuarenta premios y en preparacion para las próximas carreras de Madrid. Reune las condiciones de semental de primera clase. Su precio: 6.000 duros. Dirigirse á su dueño, R. E. Davies, Jerez de la Frontera.

GUANO NATURAL DEL PERÚ.

Dirigirse á D. José Eusebio Rochelt.

BILBAO.

ARMAS Y EFECTOS DE CAZA. ALCALÁ, 5, MADRID.

Especialidad en cartuchos de todos los calibres para escopetas centrales y Lefauchaux.

AGENDA DE BUFETE

Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIO PARA EL AÑO DE 1878.

CON NOTICIAS.

GUÍA DE MADRID Y EL CALENDARIO COMPLETO.

El Certificado de cada paquete hasta 10 kilos se paga aparte y cuesta UNA PESETA.

	PRECIOS.	
	MADRID.	PROVINCIAES.
En rústica.	1 pesetas y 75 cént.	2 pesetas y 25 cént.
Encartonada.	2 — —	2 — 50 —
En tela á la inglesa.	3 — 25 —	3 — 75 —

Las mejoras de este año 1878, entre otras novedades, son: Tarifa del impuesto de consumos y arbitrios municipales aprobada por el Ayuntamiento de Madrid y que ha de regir durante el año económico de 1877 á 1878.—Arbitrios municipales sobre puestos públicos, etc.—La Instrucción para la administración y cobranza del impuesto sobre cédulas personales.—Nueva Tarifa de Correos.—Nueva Tarifa de los coches de plaza, etc., etc.

Se hallará de venta en la Librería extranjera y nacional de D. C. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las principales librerías de provincias.

DIPLOMA DE HONOR,

MEDALLA DE ORO y GRAN MEDALLA DE ORO EN LAS EXPOSICIONES de LYON y MOSCOU, 1872.

MEDALLA DE PROGRESO (equivalente á la gran medalla de oro) EN VIENA, 1873.

MÁQUINA DE VAPOR VERTICAL

DE LA CASA

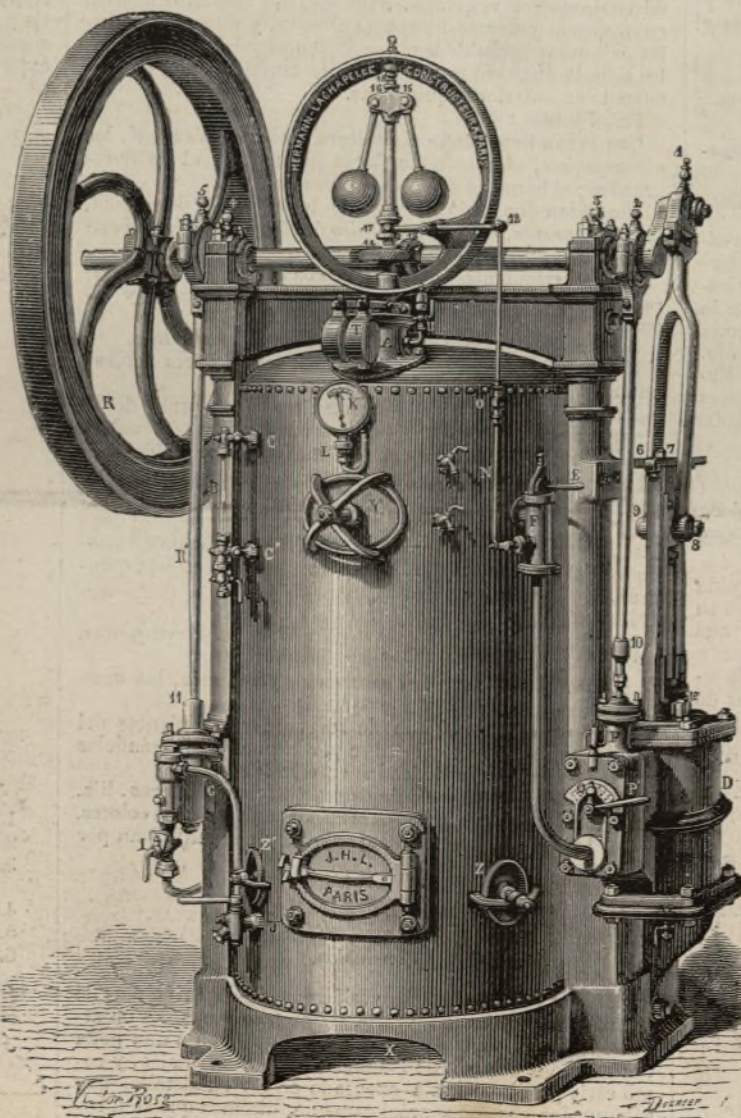
J. HERMANN-LACHAPPELLE.

Entre las máquinas que más especialmente han llamado la atención del público en la Exposición internacional que se ha verificado en Viena en el año 1873, debemos colocar en primera línea las máquinas verticales de vapor de la acreditada casa J. Hermann-Lachapelle, inteligente constructor mecánico, rue du Faubourg-Poissonnière, 144, en Paris.

No ha habido siquiera un solo visitador competente que no haya admirado la feliz disposición, que se observa en dichas máquinas, del mecanismo motor, reunido por completo alrededor de la caldera, y, sin embargo, separado de ella por medio de un zócalo adherido á la misma (*socle-bâti*), que soporta todo el peso; á la vez que la armonía general del conjunto y ese carácter especial de inmejorable construcción que los mecánicos verdaderamente hábiles saben imprimir á todas las obras que salen de sus talleres.

Y hé aquí la causa de que un aparato de disposición tan ingeniosa, y que presenta tantas ventajas á los industriales á quienes está dedicado, no podía menos de asegurarse rápidamente una gran fortuna.

En efecto; poder trasportarse sin obstáculo alguno, y ser instalada con facilidad increíble en cualquier punto, no necesitándose para la instalación trabajo preparatorio de ninguna clase; no ocupar sino un espacio extremadamente reducido; presentar, en fin, una construcción tan sencilla que puede ma-



MÁQUINA DE VAPOR, VERTICAL, DE LA CASA J. HERMANN-LACHAPPELLE.

nejarse de la manera más fácil por cualquiera persona,—tales son, además de un precio en venta relativamente muy módico, las cualidades esenciales de esta máquina.

Por estas y otras razones, las grandes ventajas de las máquinas verticales de vapor, de pequeña fuerza, montadas sobre zócalo aislador, han sido demostradas por la experiencia desde hace muchos años, y, por lo que hace á Francia, existen muy pocas fábricas y talleres manufactureros en que estos utilísimos aparatos mecánicos no hayan sido adoptados definitivamente, con preferencia á cualesquiera otros. Mr. J. Hermann-Lachapelle, vulgarizando el uso de los mismos por el interés con que atiende á la construcción, ha prestado un eminente servicio á la industria francesa, y aún á la extranjera.

Esto, en verdad, ha sido claramente reconocido y declarado por el jurado de la gran Exposición artística é industrial que acaba de celebrarse en Viena, y el cual, concediendo al hábil mecánico parisiense la *Medalla de Progreso*, equivalente en el certámen vienés á la *medalla de oro* de otras exposiciones, le ha otorgado la recompensa más alta que había sido señalada para máquinas de esta clase.

El jurado de Viena, por lo demás, no ha hecho con tal acto de notoria justicia sino confirmar otros actos semejantes de sus antecesores en las Exposiciones de Londres, París, Altona, Santiago, Moscou, Lyon, etc.

En virtud de tan honrosísima recompensa, las máquinas de vapor verticales de la casa J. Hermann-Lachapelle han sido oficialmente reconocidas sin rival, no solamente en Francia, sino aún en todas las naciones del mundo.